

# **EL ÚLTIMO DESNUDO DE OLGA ZUBARRY**

Álvaro Ojeda

*Las palabras sencillas como alas de pájaro*

*no mienten,*

*no adornan las cosas*

*por timidez.*

Philip Larkin / Modestias (1949)

## Quien habla solo, espera

Se enjuagó la cara en la pileta pequeña que decora la esquina más iluminada de la pieza. Una escudilla de escasa agua jabonosa que había servido para afeitarse antes, cuando era agua caliente nacida de la silbante caldera que Luciano había traído desde la cocina, con la excusa de cebarse unos mates antes de salir a trabajar. No te bañés en la pieza Luciano, no te afeités en la pieza Luciano, hay un baño por piso Luciano, en la pieza no podés cocinarte ni higienizarte ni afeitarte Luciano.

Seguro doña, seguro, es para el mate, le dijo Luciano a la dueña, y la respuesta falsa se mantenía enterita en el eco absoluto y cavernario de la pieza. Cuatro esquinas, un ring de boxeo. En una esquina la luz del desafiante, Luciano en plena afeitada; en la otra esquina, la luz propia de Luciano recién afeitado; la otra esquina era la de los sueños –la cama, un ropero, una silla- y en la cuarta esquina la salida, la puerta de doble hoja, vidrio coloreado en el dintel, ruta de la desdicha, del placer metódico, del regreso al alba, cara de trapo Luciano, boca pastosa Luciano, la rubia aquella Luciano.

¿Vas a salir? Sí, respondió Luciano, y la pregunta sólida, persistente, se escurrió por el desagüe de la pileta.

A la rubia la había conocido en el club Londres de Brazo Oriental una novecita antes de la reinauguración de la vieja cantina arruinada por los servicios de *delivery* que fracasaban uno tras otro pero que además, hacían fracasar todo intento de supervivencia del viejo club de patín,

gimnasia olímpica y al final, baby fútbol. Hombres solos con ideas solitarias sólo producen onanismo facial, confesiones para peluqueros, malos negocios. Por ese desagüe se escurrió Luciano.

La valija en la mano derecha, la cadera izquierda algo levantada, el traje que había refulgido resplandeciente y que ahora brillaba lustroso, el pelo engominado, el equilibrio imposible de los vencidos. Vendedores de libros, vendedores de medias, vendedores de las cuatro estaciones. Otro ring de boxeo. Luciano vendía diálogos, voces vendía, la de él y la del monito Samosata, llegado del continente negro, decía Luciano siempre recién afeitado, siempre oscuro. En esta esquina Luciano y Samosata el monito que habla. Las otras tres esquinas sobraban.

Niños aburridos, viejos jubilados. Durante las cuatro estaciones. Y Luciano que aparece en el club y dice que es ventrílocuo y que tiene una rutina artística perfecta para toda edad, para que disfrute toda la familia del club Londres y Samosata que salta de la valija y dice: Luciano, Luciano, ¿me podés dar una mano?

Y Samosata sale de la valija y los parroquianos dueños de la cantina lo miran salir, rugoso, grisáceo, gastado. Lo ven salir y lo escuchan mientras escuchan a Luciano que dialoga con Samosata moviendo los labios como un desdentado que intenta acomodar en su paladar, un caramelo masticable de dulce de leche. Esfuerzos de la lengua para decir: Samosata, ¿podría pedirle por favor, que se presente ante el respetable público? ¿Qué público?, dice Samosata. Acá sólo veo tres o cuatro viejos aburridos...bueno, bueno, dice Luciano, o se porta bien o lo meto en la valija de nuevo. Alguna risa nerviosa, alguna consideración misericordiosa.

Los muñecos de ventrílocuo son como genios de la lámpara, piensa Luciano. Quieren liberarse de la cárcel que los contiene mediante el procedimiento de conceder tres deseos ambiguos, irrealizables, soeces a pobre gente perdida, confusa, necesitada. Políticos son.

La rubia, la que estaba parada frente al club Londres, mirando hacia dentro, oliendo el oscuro y fresco interior, sintió la voz de Samosata - ¿qué público? - y la de Luciano -bueno, bueno...o se porta bien o lo meto en la valija de nuevo- y se acercó un poco más, la voz aquella, pensó, sedosa, levemente imperativa, la voz aquella salida de la gruta oscura y fresca abierta frente a ella, era una voz indudablemente premonitoria. Entonces, avanzó hacia la voz, hacia las voces.

Samosata giró su cabeza de monito aullador, un tropismo rumoroso, un segundo después que la rubia lo miró –primero a él, luego a Luciano- y esperó alguna señal, algún pedido como el genio de la lámpara espera la libertad ansiada.

Los muñecos de los ventrílocuos, pensó la rubia, son el peaje del alma que los anima. Alquileres, rentas, servidumbres de paso. Por eso reparó en Luciano, en su traje de brillos gangosos cada vez que giraba tentador, tratando de establecer un énfasis mercantil para atrapar a sus posibles clientes, en la certeza de que esos diálogos ingenuos lograrían mantener en pie una organización que parecía encaminarse, una vez más, hacia la ruina.

Señorita, dijo Luciano, ¿le gustaría presenciar el diálogo con Samosata, el monito del continente negro, que esta noche, si los caballeros nos autorizan, tendrá lugar en este club Londres tan acogedor, tan agradable? ¿Quiere, doña?, agregó Samosata, entre los

manotazos de Luciano que intentaba hacerlo callar metiéndolo de prepo en la valija.

Discúlpelo, se ruborizó excusándose Luciano, viendo por primera vez en mucho tiempo, algo más que cuatro esquinas, una pieza, agua jabonosa y frío. Los tres, los dos, sintieron la pesadumbre del deseo vencido, olvidado, como se siente una orden ancestral, furiosa, que renovada, adquiere la consistencia de una amputación.

Cuando dejó a Samosata anclado en la pieza, encerrado en la valija después de la noche de prueba en el club Londres, antes de volver a la puerta del club para encontrarse con la rubia, Luciano pensó que los muñecos de los ventrílocuos son tenaces como la congoja.

¿Vas a salir? Sí, respondió Luciano, y la pregunta sólida, persistente, se escurrió por el desagüe de la pileta.

## Down on the corner

No entendía la velocidad de su madre, el esfuerzo por llegar a un sitio dudoso, lejano, viciado de sí mismo, con ese bolso de lona ajado, impúdico. Se acercaba a ella jadeante, como un evacuado se acerca al último transporte. Lograba adecuarse a la carrera ansiosa de su madre, pero ella tomaba distancia como olvidada de todo, incluso de él, su propio hijo. No lo pensó en esos términos aquella tarde gris de febrero - ¿ya habría pasado el carnaval? - con amagos de lluvia y lluvia al fin, lo que agregó a la zozobra de la carrera una mojadura molesta, pegajosa. El cuerpo surcado por una duplicidad cruda, húmeda.

Los patitos siguen la primera silueta movediza que entrevén cuando dejan el cascarón. Formas astilladas del abandono que miran hacia el estanque, el charco, la fuente de la vida. Los pollitos siguen a la gallina o a la calidez emplumada que suponen los conducirá, bondadosamente, por un mundo incomprensible, lejano, allá adelante. Automatas confiados, juguetes a cuerda, pavipollos.

La madre abrió el paraguas y lo miró sin dejar de marchar, como un soldado que abandona a un camarada en plena fuga. ¿Lo hirieron, está exhausto? ¿Y si no fuera una fuga, si fuera el asalto final a una trinchera que no resistirá la última carga a bayoneta? Ella lo miró y le dijo, fastidiada, una obviedad: dale Roque, dale, que no llegamos. Son las tres y se me hizo tarde otra vez, recitaba el conejo de Alicia mientras miraba el reloj y fruncía la trompa rosada molesto por la tardanza inexplicable pero fatal.

Pasaron la calle Consulado, la calle Porongos, la calle Fermín Ferreira. La madre dudó y doblaron casi cuando habían llegado a la otra vereda, en pleno cruce. Roque seguía con pasos cortos pensando en pezuñas, relojes, tiempo marcado por sonido, la vida misma pautada por el paso de una orilla a la otra, de un cordón al otro, adoquines, yuyos crecidos entre los bordes irregulares de la vereda. Esas cosas miraba Roque, hundido en su impermeable verdoso, privilegio de la niñez casi abandonada junto con la capa de plástico, las botas de lluvia, su mano en la mano de su padre.

No te distraigas Roque, insistía la madre, que llegamos tarde. Y Roque que suma una nueva andanada de resuellos, que moja un poco más la camisa, que de alguna extraña manera siente que no puede hacer otra cosa a la vez que siente que sí, que puede, que sus piernas pueden detener aquella sangría de pasos, aquel reguero loco de rastros ciegos.

Si por alguna fatalidad granjera un huevo de pato es empollado por una gallina, la rotura del cascarón puede modificar el instinto del patito de seguir tras la primera silueta que se le cruce por delante. El patito derivará como imantado hacia el primer espejo de agua con el que se tope. Así, ante la mirada horrorizada de la gallina, el patito desviará su trayecto, su sino, su devenir. El patito parece una imperfecta simbiosis entre memoria y deseo.

Al llegar a la esquina por la que ambos venían calle abajo en un único resoplido ansioso, la madre, inopinadamente, se detuvo. Roque chocó contra el aroma cálido de su madre y ésta movió los brazos hacia atrás, como si pudiera detener el pasado, como si el pasado los atropellara a ella y a su hijo.



Había un árbol a la derecha, añoso, de raíces expuestas, rodeado de baldosas partidas, como una herida con los bordes desparejos, rojizos, sangrantes. Le daba sombra a un muro bajo, ajado, que resguardaba una construcción en ruinas. Flores extrañas, frutos extraños. Allí se detuvo la madre de Roque.

En esta casa rota, vivimos con tu padre, le dijo. Recién casados, murmuró. Tu padre pasaba películas en el Londres, le pagaban bien. Los domingos de mañana cine baby, los sábados de noche películas argentinas, policiales, esas cosas.

Tocó el árbol, miró la copa que empezaba a amarillear, respiró profundo, como si quisiera hacerlo en ese lugar por última vez. Un pájaro soltó una andanada de trinos, una frecuencia gastada, algo parecido a un desenlace. La madre atisbó por encima del muro rajado. Restos de madera, basura arrojada por los vecinos, un perro oscuro que ni ladrar supo. Impávido como el tiempo.

Roque comprobó que el bolso que llevaba su madre pesaba mucho por alguna cosa que no supo distinguir pero que no tenía que ver con el contenido, destellos rojos, blusas, un monedero. Cuando intentó tomarle el peso al bolso, la lluvia se le escurrió por el impermeable y le mojó las muñecas, los brazos. La desconsideración del tiempo, la mala sangre inútil, la semilla del hombre, cobró una fuerza inaudita en algún rincón de la historia de Roque, y resonó como un bajo eléctrico.

Fue un instante, una estación en el vía crucis.

Si una persona más o menos bien dispuesta se coloca en el lugar y en el momento oportunos, puede atrapar a todos los pollitos rezagados que, remolones, se desentienden de la gallina, y llevarlos hacia otro lugar, hacia una especie de sitio no necesariamente desalmado, no

especialmente atroz, un limbo inocuo, reflejo que todavía no se ha formado del todo, esquina abajo, una ocasión postrera.

Cuando llegaron a la entrada oscura, fresca del club Londres, la madre no necesitó decirle a Roque que se quedase con su padre.

## **Ante la leche derramada**

Doña María de los Milagros Tudesco de Otranto, viuda del coronel (retirado) Onofre Otranto, sabía demasiado de tácticas militares. Así lo acreditaba la escenografía de libros con portadas rebosantes de imágenes bélicas que asomaban por detrás del respaldo del sillón -su cómodo mangrullo, su atalaya predilecta- en el que doña María yacía parapetada frente a la ventana que daba a la entrada oscura y húmeda, del club Londres de Brazo Oriental.

No daba la ida por la venida, doña María, cuando se agitaba el barrio a eso de las cinco de la tarde en los lentos fines de semana desatados con los primeros calores de la primavera o el rigor ominoso de enero. Plomo sobre plomo, obús sobre obús, tierra caliente en la olla absurda, batida de Iwo Jima, pensaba la viuda, mientras colocaba el hervidor al fuego esperando consumir su ración diaria, sempiterna, de café con leche.

La rutina alimentaria -y la limpieza tediosa de la leche quemada- la había llevado a colocar una cocinilla a gas a dos metros escasos de su atalaya, lo que le permitía a la viuda, velar por su alimento y otear, como a Napoleón durante la batalla de Wagram, los movimientos del archiduque Carlos de Austria, palmariamente representado en el primer hervor de la leche, siempre capcioso, siempre admonitorio.

Manotazos, golpes ciegos, leche volcada y quemada, sucia, sucia luz. La cercanía y el pragmatismo, evitaban la decepción y la derrota.

Con el jarro rozando sus labios, la viuda libaba la colación como si fuera un beso de Onofre -llegó a pensar- una tarde en la que una parejita a la entrada del club, deliberaba acerca de un lugar más íntimo para encontrarse. Lo dedujo del nerviosismo de ambos, similar al de la madrugada de Farsalia, en donde Julio César recorría los vivaques de sus legionarios tratando de infundirles serena confianza, medida emoción, alerta discreta. Farsalia fue su obra de arte, dijo en voz alta la viuda, mientras el calor del jarro la llevaba a cierto verano en el Parador Tajés, con Onofre, el río, la estólida custodia de una tía adormecida por el calor.

La muchacha se resistía pero estaba dispuesta a dejarse convencer: con la mano derecha rechazaba al muchacho pero con la izquierda lo atraía. Conozco estos cabildeos, pensó la viuda, son golondrinas que no hacen verano. Y sorbía un poco de café con leche tratando de adivinar la sucesión de hechos futuros, la testaruda actitud del muchacho, el porvenir ineluctable.

Durante la batalla de Yarmuk, el basileus Heraclio cargaba contra los camellos del califa Omar que se dispersaban como huecos en el agua. Onofre le había contado que el olor de los camellos espanta a los caballos y que los caballos se comportaban como poseídos por el pavor de la derrota. Los caballos no piensan en eso, le decía María de los Milagros a Onofre, pero Onofre repetía una y otra vez que la exactitud de sus aseveraciones, quedaba demostrada por el resultado de la batalla. Corren María, corren, y desmontan a sus jinetes y los árabes los asesinan por la espalda. El que corre, carece de planes, sólo tiene su miedo. Y María negaba con la cabeza, pero recordaba.

Ahora la muchacha empieza a ser guiada por el muchacho hacia un corredor que queda a la derecha de la entrada del club Londres.

Encajonados como en Balaclava, piensa doña María -Incluso el que guía, el que obliga se impone una rutina de brete, de tubo, le decía Onofre, incluso cuando la operación es menor, escaramuzas, guerrillas, la batalla de Argelia, se hace lo que debe hacerse. Se hace lo que se debe.

Deja el jarro a un costado y se incorpora, ve mal doña María o mejor dicho, ve de manera imperfecta, porque el sol del verano le toca los párpados, y debe acomodar su ascenso a la visión que desea tener del dúo, enzarzado en una suerte de magnética desazón, de comunión esquiva, de visaje fantasmal. ¿Quién conduce a quién? Él arrastra con ¿lascivia?, una palabra en desuso.

Y todo acabó. Repentinamente, en lo que demora un parpadeo, el paso del aire por las narinas, no se los ve más. El club Londres, la cuadra vacía, el calor de enero, la desilusión del centinela. Tierra quemada de Cartago, arrasada tierra regada con sal por los romanos, el corredor de Balaclava.

Onofre se incorporó bajo la sombra de los sauces del Parador Tajés, recuerda María de los Milagros Tudesco, encendió un cigarrillo, le dedicó una mirada -acaso la mejor de todas las que tenía en su escaso repertorio- y no necesitó llamarla para que ella lo siguiese. Los mejores planes son aquellos que contemplan, anticipan, no adivinan, anticipan, los movimientos del enemigo. Lo peor que puede suceder es basar esos planes, sostenía siempre Onofre, en decisiones morales. Las decisiones morales son actos de adivinación. Ella lo siguió, él encendió un cigarrillo. O mejor aún, ella siguió el cigarrillo encendido de Onofre hasta que se toparon con la tía, adormilada, torpe.

Caía el sol cuando el muchacho apareció ante los ojos de María. Caminaba con paso enérgico hacia el corredor en donde doña María lo había perdido, ¿una hora, dos, atrás?, y lucía ese sudor persistente, finísimo, que se desliza por los brazos en verano, dejándolos lustrosos, como árboles bajo la lluvia. Se perdió calle abajo, hacia la esquina, y no se lo volvió a ver por el barrio.

Doña María de los Milagros Tudesco de Otranto, se levantó de su atalaya cuando el crepúsculo era una necesidad. Olía a leche quemada, a rancio secreto, a invalidez lesionada, corroborada, impávida.

## Gracielita

Las zapatillas azules de goma, no lo que se denomina calzado deportivo, no, zapatillas azules de goma con lona ribeteada de tres colores, azul, rojo y blanco. Zapatillas ligeras como las sandalias aladas de Mercurio, pensaba Roque, que miraba a Mauro correr entre las sillas de lata del club Londres, de tardecita, como un bólido nacido para correr, justamente.

Las zapatillas parecían tener vida propia, una madre y un padre sí, pero lejanos, perdidos en el tiempo y un dueño, Mauro, incapaz de domarlas, de inculcarles conductas adecuadas a ciertas estrategias de seducción y conquista que Roque intuía y Mauro ejercía con la naturalidad de un escarabajo que carga con su bolita de excrementos cuesta arriba. Roque odiaba a Mauro.

Allá volvía como un bólido Mauro, le hacía un finito a una señora de pelo recogido que esperaba sentada el inicio de la función artística de esa noche, y seguía rumbo a la puerta de entrada del club Londres, frenando apenas un segundo antes de llevarse por delante a otra señora con un bebé en brazos, que intentaba reponerse del calor de toda una jornada de encierro, pañales, llantos, ilusión de vida. Al menos se encontraría con su esposo, pensaba Roque que pensaba la señora, al menos habría un destello de posibilidades. Relumbrones.

En una de las vueltas, el Mercurio de Brazo Oriental saludó a Roque con un versito tonto: *Roque, Roque, que aquel perro no me toque, Roque, Roque*; y le sonrió en lo que podía interpretarse como una

guiñada cariñosa, un desafío menor, una burla estúpida pero absolutamente eficaz. Una gripe mata a un hombre con las defensas bajas. Un niño es la semilla de un hombre.

Por los parlantes del Londres, encajonados entre las dos puertas que se abrían a la pista de patín, ya colmada de público, estallaban el Club del Clan, Julio Sosa y los Wawancó en perfecta convivencia sonora. Nadie escuchaba nada. Nadie esperaba nada esperando algo. Un salón repleto de ropas de colores chillones, sepultureros del rojo despintado de las sillas de lata, retazos de algo superior caído desde un cielo entrevisto, casi anochecido, una nada de nubes sobre el techo de zinc tedioso, omnipresente. Techo sobre techo, pensaba Roque, vueltas y vueltas, pensaba Mauro.

Graciélita entró como una espina en el pulgar. Entró o salió, según se vea, porque efectivamente se esbozó su figura pequeña, proporcionada, cuando entraba al Londres desde la penumbra morosa del crepúsculo, a la vez que Roque supo que algo salía desde otro sitio y se alojaba como un huésped desprevenido, en un hotel inadecuado, cueva de alimañas, escarabajos, cosas que giran y giran.

Graciélita de serena belleza, de sombría belleza, de rotunda belleza. La expresión “besar los pies”, la expresión “a sus plantas rendido”, la expresión “no dar la ida por la venida”, todo eso, toda la suma de todo lo que eso podía querer decir, sonaba a grillo que persiste en la ruina de su estruendo inútil.

*Dame la media medalla*, cantaba Lalo Fransen desde los parlantes absurdos, estridentes, humillantes, que Roque trataba de despreciar, fatigado como estaba de las vueltas de Mercurio. Esa medalla por la mitad, redonda, semicírculo de la desdicha, le producía una pena



persistente, innecesaria, cuando Gracielita lo miró con sosegada calidez, con estudiada calidez, con enojosa calidez. Hola, dijo ella, y adiós, pensó Roque, tan escéptico como puede ser la semilla del hombre, el niño, vulnerable a todo rito que atisba y no entiende.

Uno de los cuatro hijos idiotas del matrimonio Mazzini-Ferraz, mientras veía a Gracielita -adiós, adiós- sumarse a las vueltas del Mercurio de Brazo Oriental con una dignidad victoriana, que daba una vuelta más, ni fatigado ni aburrido ni sudoroso, ante los ojos almendrados de Gracielita, los imposibles ojos almendrados de Gracielita, asomados al cerco de las cejas, al extraño país del abandono que tan bien conocía Roque.

*La canoa llena y se ve un hombre remando*, sonaba en los parlantes encajonados entre las dos puertas quedaban al salón, soy yo quedó instalado como una paradoja infeliz.

De pronto todo se hizo paisaje: las dos puertas, el baño maloliente, el retrato de la reina de Inglaterra colgado encima del teléfono público, el mostrador de la cantina, la cantina y el olor grisáceo, plomizo, de cada copa servida, vaciada, servida, en esa extraña mecánica del olvido.

Quiso poder tomar.

Quiso encontrarse con su padre.

Quiso saber tomar.

Logró recuperarse del dolor que se le anclaba en medio del estómago y subía con el sigilo de un sicario hacia el pecho, tan pequeño, tan absolutamente pequeño. Tan poderosamente pequeño.

¿Puso el pie?

*¿Porque soy un perro que no tiene dueño atronaba desde los parlantes encajonados entre las dos puertas que daban al salón?*

## No sabés lo que es la vida

Mientras rebobinaba *El ángel desnudo* Luis miró por encima del hombro al presidente del club Londres y suspiró. No había acabado de salir el aire del suspiro cuando agregó, no sabés lo que es la vida. Horas y horas de proyección inútil. Horas y horas de luz menguada, de ruido de sillas, de murmullos agobiantes. Sábado tras sábado hasta la medianoche, domingo desde las dos de la tarde hasta las ocho de la noche. Una forma estúpida de competir con todos los cines del barrio y del centro. Y perder siempre.

La cosa no da para más, Luis, le dijo -le decía- el presidente del club Londres, tratando de vencer cierta ira asomada al cuello, a la frente, a la mancha rojiza del rostro. No da para más, dijo suspirando él también, como el silbido de una caldera con agua a punto de hervir que se estremece en el aire de una cocina modesta, a oscuras y trepa hacia una banderola demasiado estrecha y lejana, tan alta como el desasosiego.

El presidente pensó todo eso, lo vio nacer en su corazón y volvió su vista sobre Luis, inmerso en la tarea de dar vueltas y vueltas a una película ajada, en donde una mujer rubia, joven, se desnuda ante los ojos desmesurados de un hombre maquillado para parecer más viejo de lo que en realidad es, con cierta ansiedad torpe, antigua, desdibujada en el tiempo. El presidente había visto la película esa noche de sábado y sonrió en la oscuridad de la sala ante la osadía de Luis, una osadía de 1946.

No sabés lo que es la vida, repitió Luis, yo no compito porque no quiero, yo demuestro. El hombre que ve a la muchacha desnuda es como Herodes. Y ella es una Salomé aturdida, asediada por la desdicha. ¿Vos viste cómo ingresa al salón del sacrificio de su pudor? ¿Entendés de lo que hablo? La juventud vencida por la madurez corrompida, por el escepticismo hedonista, la belleza en manos de los comerciantes, ¿entendés o no entendés nada? Es un tema bíblico, un tópico. La casta Susana.

Lo que entiendo, pensó el presidente, es que mantener el local limpio, iluminado, caldeado al menos, para que cuarenta viejos de mierda vengan a ver películas tan viejas como ellos, con escenas tan atrevidas como ver a dos perros abotonados en un baldío, es inútil y caro. Eso es lo que yo entiendo, pensó otra vez el presidente y dijo en voz alta: vos sabés que es inútil todo esto y además, estás cansado de hacerlo durante todo el invierno.

La pista de patinaje del club Londres se acondicionaba todos los fines de semana para que Luis proyectara películas que él consideraba clásicos del cine. La entrada era tan barata como la maquinaria de proyección: una sábana vieja de crea amarillenta, colgada sobre la ventana del despacho que oficiaba de secretaría del club, recordatorio de un patio antes abierto y ahora techado con chapas de zinc. Antes había aire libre acá, pensaba siempre Luis, mientras desplegaba la sábana, acomodaba la máquina de proyección y enganchaba la película en los pequeños rodillos cromados que la enfrentaban a la luz poderosa del foco. Ajustes, pruebas, gente que se ponía nerviosa, pero poco.

Luego unas breves palabras a falta de programa: “El ángel desnudo”, Argentina, 1946.

Hay una escena memorable en la película, contaba Luis mirando hacia un público opaco, indivisible, enigmático, conocido. La muchacha con rostro redondeado por unos rizos dignos de las *starlets* estadounidenses, ve una línea de luz, un segmento difuso que se va aclarando a medida que se acerca. Como ocurre con la verdad, pensó el presidente, perdido entre el público opaco, indivisible, enigmático, conocido. La verdad que no querés ver Luis, se dijo para sus adentros, anticipando la discusión que tendría lugar una hora y media más tarde.

La muchacha rubia ensancha la vía de luz y ante ella se abre un panorama de extático desorden: esculturas, un escritorio, telas, un escenario absolutamente irreal, notoriamente irreal. Parece haber ruido a mar, ese murmullo de olas que rompen en una playa remota. Oleaje espumoso, oscuras empresas, muerte inevitable.

En esa escena, prosigue Luis, se resuelve la trama de la película. Sólo voy a dejarles una pregunta: ¿estamos preparados para apreciar la belleza?

¿Es de misterio?, preguntó la voz nacida en la oscuridad, de un señor.

Luis continuó inmutable. Si como se dice habitualmente, la verdad nos hará libres, la belleza que también es la verdad, nos hará buenos y libres.

Y estúpidos, pensó el presidente, y pedantes, y nos dejará tan solos como lo dejó a Luis, con una mujer que se tomó el buque, y un hijo chico a cargo.

Cuando la muchacha rubia se detiene envarada, tiesa, delante del viejo falso, del lúbrico fauno encerrado entre esculturas, telas, obras de arte, libros, el corazón de Luis se paralizó. Una antigua ecuación se

deshizo en retazos que mostraban un grado de angustia, de ansiedad densa, tan poderosa como inútil. Pese a que conocía la escena de memoria, se abalanzó sobre el proyector para ajustar la penumbrosa calidad de la copia. ¿Quería ver, quería que vieran?

El presidente, sentado al fono de la improvisada sala de cine, olió el desastre.

En el momento en que la muchacha se despojaba del tapado que llevaba encima de los hombros, y mostraba la presentida desnudez de la virtud expuesta ante los ojos del fauno avejentado, falaz, de ojos desorbitados y boca entreabierta, una voz, una voz enorme, ácida, irresistible, lanzó a la sala, a la masa opaca, a Luis, que seguía esforzándose para lograr un grado de nitidez imposible, la evidente constatación de una ruina inabarcable.

Cor-nu-do, cor-nu-do.

No sabés lo que es la vida, no sabés, repitió Luis, mientras rebobinaba la vieja cinta gastada, ajada, enrollada sobre sus propios bucles con forma de eles minúsculas, el sábado que viene va ésta otra y se llena de gente.

Con Gary Cooper, susurró, 1952.

## Sísifo

Jadeando como un buey cargaba Félix la masa de madera lustrada, parlante, botones, un dial ininteligible con números, letras, frecuencias, que en su debida posición y forma, sonaba desde el amanecer hasta la última hora de la tardecita y un poco más, hasta la consolidación de la noche donde a veces, como Lázaro, volvía de entre los muertos, carraspeando somnolienta. Llevaba la vida de otros Félix en esa doble función marca Philips, que tanto reproducía discos como captaba ondas de radios lejanas, intraducibles, misteriosas.

Iba jadeando Félix calle Consulado abajo -cerrada por una plazoleta con palmera solitaria y farol adosado- hacia su taller de reparaciones de radios obsoletas, tocadiscos inmóviles, grabadores pioneros. Iba jadeando con su inocuo pasado de técnico de sonido de radio Austral, con menos oyentes que un político que no promete nada, que no ofrece nada, que no critica nada. El pasado le pesaba a Félix tanto como la radio y tocadiscos que cargaba, porque Félix nunca había dudado del peso del sonido o en todo caso estaba solo y el sonido se le había fugado hacía un año y sólo le había dejado ese jadeo sibilante, voz del *alma que en pena vas errando*, como siempre le pareció.

Se detuvo a respirar. A su derecha irrumpía la calle Aréchaga como una cañada discreta, con una aceitera que llenaba el barrio de un olor pegajoso y dulzón. Más lejos unos restos de quintas daban testimonio de un pasado florido, eglógico, desconocido. Por fin la avenida Larrañaga lanzada hacia el lejano norte, el Prado, la siesta a punto de

quebrarse. Doblado sobre sí mismo Félix se empecinó un poco más, y continuó.

De noche sintonizaba todas las radios que tenía en el taller en los bailables de radio Imparcial, eternos, repetidos, absurdos, y el sonido hecho eco dentro del eco, trepaba hacia el techo del local mal ventilado, volvía sobre los aparatos y se filtraba en el corazón de Félix ahogándolo cada noche un poco más. Pero era su decisión. Mientras las válvulas de las radios se calentaban, en ese espacio minúsculo de tiempo fugado entre eco y eco, Félix lloraba, hasta que el locutor de radio Imparcial anunciaba el siguiente tema: interpretado por el grupo Creedence, “Down on the corner”.

La barajó otra vez y siguió, recostándose contra los muros bajos de los jardines, contra algunas puertas altas de doble hoja que lo inundaban con un recio olor a encierro perfumado con guiso, tuco, jazmines marchitos, contra el almacén de Eusebio, un hombre raro desde siempre, unido a una mujer a la que se suponía hermana, prima, tía, nunca se supo. Y contra su propia humanidad extenuada de estibador de sonidos, que poco o nada podía sacar de esa reparación absurda de aparatos que pronto resultarían barridos de la faz de la tierra. El averno es eso, pensaba Félix, un enorme taller de repuestos en desuso.

Se cruzó con un afilador, un vendedor puerta a puerta de enciclopedias Historama de editorial Codex, un ciclista con palillos en los bajos del pantalón, una vieja que le preguntó si podía arreglarle una plancha, no sé arreglar planchas, bramó Félix y siguió jadeando como un buey solitario. El averno es una radio descompuesta metida en una cadena de montaje discontinuo. Un error de sincronización, un olvido prematuro. El silencio es el averno, pensó Félix, sobre todo el silencio.



Cuando entraba al taller con una radio para reparar, se estremecía y la depositaba con extremo cuidado sobre una mesa cubierta por un paño azul. Después, tras cerrar la puerta, se sentaba a mirarla como quien se encuentra con un pariente al que no conoce del todo, o dejó de ver hace mucho, o vive en el campo - ¿vos sos José, Marcial o Abel? - y se rascaba la cabeza pensando qué lugar le correspondería al nuevo habitante en aquella maternidad de crías ancianas.

Pasó el número 3335, un largo corredor con dos apartamentos con extrañas claraboyas, en donde vivía un matrimonio con dos hijos –uno adolescente, el otro un niño grande- y una pareja de veteranos. Al matrimonio del apartamento 2 le había arreglado una radio Philips con tocadiscos, idéntica a la que cargaba ahora. Ese arreglo le demandó un enorme esfuerzo porque al dueño de la radio y tocadiscos le gustaba jugar con las voces de los cantores, con los colores musicales, y tenía pretensiones de sonoridad excelsa que la pobre radio y tocadiscos no lograba colmar. Al final hizo lo que pudo, que fue poco, y obtuvo como pago una desairada puteada cada vez que pasaba frente al corredor.

Superado el calentamiento de las válvulas, cuando las radios quedaban sincronizadas, Félix se sentía el amo del mundo, el dueño del tiempo, sensación que se multiplicaba al sintonizar radios de onda corta, -radio Moscú, la Voz de América, la BBC-, y saltar de una a otra, con un pie en cada continente, como si en aquella sala miserable sucediera una especie de Pentecostés radiofónica. Si el silencio es el averno, la voz, el griterío incluso, es el paraíso. Y el lapso de tiempo que corría entre una y otra sintonía, un purgatorio esperanzador.

Cuando llegó a la plazoleta que cerraba la calle Consulado estaba empapado en sudor, dolorido en la cintura y en la espalda, con las manos mojadas y resbaladizas. Allá lejos, en una proa que no conducía

a sitio alguno, asomaba su taller, entre unas enredaderas mustias pero empeñosas, como un escarabajo que carga su bolita de excrementos.

Entonces lo decidió. Se agacho mirando hacia su taller, alzó la radio y tocadiscos Philips y con un esfuerzo parejo la encastro en su hombro derecho. Dio la vuelta sobre sí mismo tratando de mantener el eje de giro y el equilibrio. Vio la calle Consulado serena, límpida, soleada. Empezó a caminar hacia el lugar desde donde había llegado y luego de unos minutos de sosegado vía crucis, se detuvo ante el largo corredor con el número 3335. Tocó timbre en el apartamento 2 y esperó la tromba de la vida.

## Blitzkrieg

El hombre mascullaba palabras gruesas como troncos. Se acomodaba la ropa, el pantalón atado a su magra cintura, la camiseta arruinada por el sudor y el desánimo, la gorra eterna, el fastidio poroso que encrespa y desploma.

Salía desde la puerta de su casa hacia un portón que parecía una hebilla entre dos muretes pelados, una hebilla vencida que no se soltaba del todo. Y seguía mascullando una letanía deshilachada, feroz, referida a cierta integridad en derrota, a cierto descaro turbio que lo envolvía y lo obsesionaba.

Estaban encerrados, él y su casa, entre el club Londres -macizo y repleto de gente que entraba y salía luciendo en las tardecitas tibias de octubre, un liviano coraje de vida nueva- y un edificio de apartamentos relativamente alto, lo suficiente para quitarle todo recuerdo del sol por no decir del calor en invierno. A la casa le habían crecido dos escolleras.

Retirada de la vereda por la hebilla y los muretes, el frente de la casa parecía una retirada perpetua. No obstante, esa especie de patio delantero compartía con la vereda las mismas baldosas amarillas acanaladas, así que Remigio, -el gallego Remigio- estaba en la vereda y no, andaba y no, participaba y no.

Llegado al portón, Remigio se desplomaba sin parar de farfullar sobre los muretes con una mano en la cintura como si quisiera empujar algo hacia delante, una bolsa, un carro, un baúl, y allí iba y volvía, como un

péndulo, empujando con la pelvis, taladrando el aire, fecundando pobremente una historia incomprensible. Un Sísifo sin magnitud, un escarabajo con su bolita de excrementos, un fauno inútil.

La gente lo miraba. Hacía largo tiempo que el gallego Remigio sólo era tocado por las miradas de la gente, acaso por la voz, cuando quedaba comprendido en el saludo que recibía su esposa que a veces lo acompañaba hasta el frente de la casa, permaneciendo inescrutable a su lado, y distante como la fatalidad ajena.

En esos escasos momentos compartidos, Remigio talaba algunos troncos gruesos del bosque silencioso de su garganta y lanzaba juramentos vehementes, acompañados de gestos airados, resoplidos, visajes. El resultado podía percibirse en las actitudes de la gente que charlaba a las puertas del Londres -giraban los cuellos, se reían entre dientes- no tanto por una verdadera comprensión del insulto, que en todo caso no parecía tener un destinatario específico, sino por cierta inercia costumbrista. El gallego Remigio formaba parte del escenario eglógico del barrio Brazo Oriental. Un campito, una raya de sol, una cita.

La hija de Remigio era trigueña, menuda pero ineludible, con una cabellera oscura, brillante, una bandera que flameaba al ritmo del taconeo de unas botas lustradas con betún azabache. Una pluma negra en un sombrero de mosquetero. Una riada de sal. Un río azul marino. No se le conocía ocupación, novio en el barrio, historia.

Un sábado de noche, la calle Fermín Ferreira explotó con el ruido de una gigantesca Harley Davidson que se constituyó ante la casa del gallego Remigio como una pantera al acecho. Una parada militar. Una asonada de zulúes. La muchacha salió al patio delantero y se puso a

charlar con un hombre de pelo largo, campera de cuero, gestos imperativos. Palabras, risas, la forma puntual de una ceremonia de cortejo antigua. Cuando el hombre intentó ingresar a la casa con la muchacha, el gallego Remigio lo encaró con su media lengua de troncos gruesos, pocos dientes, derecho de propiedad. Fue un momento, un fogonazo, y el paso decidido del hombre y la flagelada dignidad del padre, de la hija, de esa saga de rendiciones sin elocuencia que abrevió la noche del primer sábado.

Los nazis bombardearon Londres 66 días seguidos, con sus noches a veces, a veces con la simple sevicia del poder.

El siguiente sábado, la Harley Davidson llegó al barrio con el mismo hombre y con un acompañante. También imperativo, enfundado en una campera de pana negra, se apeó de la moto y encendió un cigarrillo mientras el primero de los hombres, el de la campera de cuero, golpeaba las manos frente al portón y, en el mismo acto, comenzaba a caminar hacia la puerta de la casa del gallego Remigio con paso de ganso, como un señor feudal reclamando el derecho de pernada. Remigio se asomó al vano de la puerta con su esposa colgada del brazo. La muchacha lo eludió y el hombre entró tras ella. Una pluma que luego de planear cae.

En setiembre de 1940 los nazis mataron a 3.000 personas durante 24 horas de bombardeo ininterrumpido sobre Londres.

La noche del tercer sábado, otro hombre, negro esta vez, se encontró en la puerta de la casa del gallego Remigio con los otros dos que lo esperaban al costado de la Harley Davidson charlando y riendo. Fumaron los tres y abrieron el portón que como una hebilla oxidada, se volvió impalpable, ubicua.

Remigio estaba como siempre, parado en el vano de la puerta con su esposa colgándole del brazo. El primero de los hombres, el presumible dueño de la Harley Davidson, le pasó un brazo por los hombros, envolviéndolo como una nube de bombarderos sobre Londres. Entraron.

## La pavorosa revelación

Cuando el presidente del Londres cesó a Luis y dejó sin efecto sus funciones de “cine arte” los sábados y domingos, la calle Fermín Ferreira experimentó una especie de colapso. El otoño viró hacia el invierno los últimos días de abril, mayo se oscureció prematuramente y junio deshizo los últimos rayos de sol anticipando una larga temporada de lluvias, pies fríos, cortes de luz.

Luis embaló sus pocas cosas y se metió de lleno en su vida de padre solo con hijo a cargo, mujer fugada, preparación de comidas y corrección de deberes, con una enjundia modesta, pudorosa. Su hijo Roque, esperaba el regreso de su padre todas las tardes con los ojos desmesuradamente abiertos, atentos a captar la más mínima posibilidad de abandono, hastío, reproche. Por supuesto que Roque no entendía que el miedo se había enseñoreado de su corazón y que ese escalofrío indescriptible lo acompañaría, con otros paisajes y formas, el resto de su vida.

Un sábado de tarde un viento helado llegado desde el sur, atravesó General Flores, se coló por Bulevar Artigas y aterrizando en la calle Fermín Ferreira, arrancó de cuajo una tapa gigantesca de propaganda de Coca Cola que colgaba de la pared del frente del Londres.

Un domingo lluvioso, a eso de las diez de la mañana, un gato apareció aplastado en la calle Fermín Ferreira, frente a las puertas del Londres aunque los fines de semana pasaban menos autos de los acostumbrados, que además, eran poquísimos. Las mujeres que iban

a la panadería envueltas en pañuelos oscuros, hinchadas de ropa de abrigo, formaron un extraño, piadoso círculo alrededor del animalito muerto. Sacerdotisas de la desgracia. Mujeres pobres. Paraguas como techos floreados.

El presidente del Londres estaba inquieto. Quería levantar el club, darle aire a la cantina, fichar nuevos jugadores para el cuadro de *baby* fútbol, crecer cobrando cuotas, recaudar. Además, tenía que arreglar el techo de chapas casi voladas cuando no agujereadas, que hacían del salón principal, la vieja pista de patinaje, un mar helado, grisáceo, hostil. El Londres nadaba en la abundancia de la desgracia.

Roque le contó a su padre acerca del instructor de karate que dictaría sus clases en el Londres, con ánimo resuelto y esperanzado. Patadas voladoras, golpes de efecto retardado que mataban al cabo de un tiempo prudencial como le había ocurrido a Bruce Lee. Después que le pegaron, contaba Roque con los mismos ojos desmesuradamente abiertos que vigilaban su desdichada inseguridad, Bruce Lee ya no fue el mismo. Un día se miró en el espejo y vio que su pecho comenzaba a hundirse ante sus ojos. Como el hueco por el que se escurre la arena en un reloj de arena, observó Luis, cuando la arena y el tiempo que mide la arena, son una misma cosa. Roque aseveró sin entender la imagen que su padre utilizaba.

Un domingo a medianoche, un perro negro mató a una rata en el corredor que daba al costado del Londres. El perro se empeñaba por eludir las mordidas de la rata en tanto ésta retrocedía para escapar trepándose a las paredes. El perro lanzaba su cabeza como un ariete buscando el pescuezo de la rata y la rata se paraba en sus patas traseras chillando, un molinete de sonidos, un haz de pelos erizados,



un silbido penetrante, como el de una caldera con agua a punto de hervir.

Hasta que el perro la atrapó. Agitó ferozmente a la rata unos segundos, se detuvo, comprobó algo inescrutable y empezó otra vez a agitar una entidad que ya no era sino un bulto, una sombra, un trapo denso.

¿Y vos querés ir a esas clases de karate?, preguntó Luis a su hijo entre cansado y vencido. ¿Y si te rompen un brazo, un diente?, volvió a preguntar, retóricamente esta vez. Y se calló porque no quería sumar a la soledad la terrible cerrazón del permiso negado, esa mala hierba que crece como un fardo de yunques entre padre e hijo, y que el tiempo pule, retoca, aviva.

El sábado que comenzaban las clases de karate, Luis se instaló con tres padres más a la entrada del Londres para verle la pinta al profesor, tratando de no ingresar al club del que había sido echado con sus latas de películas inútiles. Se encontró con un tipo normal, bajo pero fornido, con una especie de pijama blanco arrugado y unas ojotas que dejaban al aire unos pies blancuzcos, lactales, abiertos al frío de fines de junio. Un monje laico, un franciscano sin capucha, un errático, desprolijo maestro de escuela con la túnica mal ceñida.

Cuando los niños entraron al Londres, los padres se asomaron al salón que conocían de memoria con una cuota de novelería asombrada: una patrulla de reconocimiento que recorre las líneas enemigas, un francotirador que otea entre las trincheras, perfiles ingravidos con las cejas enarcadas tratando de acostumbrarse a la nueva luz de los nuevos tiempos.

Luis no.

La paternidad, pensaba Luis, consiste en desconfiar de lo que se ve. En realidad significa volver a ver lo que ya se ha visto para intentar una aproximación desde el escepticismo, la sorna acotada, la ingrátida constancia de la verdad oculta.

El Londres, como un viejo barco encallado, parecía el inquilino de un pacífico varadero que se extendía hasta la mitad de la manzana. Visto desde las azoteas vecinas, las chapas grises de zinc dispuestas unas sobre otras como cartas mal ordenadas por jugadores torpes en una partida larga y empeñosa. Parapetado en las azoteas vecinas, cualquiera podía caminar sobre esa quilla invertida que era el techo herrumbrado del Londres y como un minúsculo Dios barrial, observar sin ser observado, atisbar sin peligro, creer y dar fe de lo creído.

Desde la azotea del gallego Remigio trepó Luis con una agilidad desconocida, hasta la cumbre de lo que había sido su ruina de cinéfilo y ahora fungía de palestra para la práctica del deporte del futuro, que parecía ser el karate. Las patadas al servicio de la cultura.

Primero vio aquellos pies lactales, blancuzcos, redondeados como el repulgue de una empanada, y sintió unas náuseas poderosas que atribuyó al despliegue físico y nervioso de subir vacilando, tratando de colocar los pies en el sitio seguro, evitando los agujeros en las chapas. Como siempre ocurría, en la ruina solía esconderse la verdad.

Luego de resoplar extenuado, perfeccionó la primera visión al encontrar el mirador preciso para su furtividad. Un agujero del tamaño de un puño que mostraba el panorama perfecto de una de las esquinas opuestas a la puerta de entrada del club, de manera que sin sacrificar su visual podía cubrir los pequeños gestos del karateca y de los cuatro niños, Roque entre ellos.

Instantes después de despedir a los padres en el umbral, el karateca había cerrado la puerta del Londres con ademanes medidos, con cierta galantería varonil con la que se ganó el corazón de las madres, a la vez que trocaba la desconfianza de los padres en indiferencia anodina, rutinaria. La forma oculta el contenido, pensó Luis colgado del techo, dispuesto a encontrar piedra, cangrejo, liebre, perdiz, gato encerrado, lo que fuera.

Luis sintió que alguien lo observaba mientras vigilaba la presentida desgracia moral desde aquellas chapas desvencijadas. Con cierto grado de inquietud giró su cabeza para encontrarse con un gatito barcino que a unos escasos dos metros encrespaba su cola enhiesta como el mástil de alguna fugada bandera. El gatito ronroneaba con extraña beatitud, como convencido de la cercanía amistosa de ese otro gato gigantesco con el que compartía destino, observatorio, conducta.

Luis tenía ahora dos frentes que atender. Debajo de él, el karateca colocaba a los cuatro niños en una ronda que comenzaba a cerrarse ominosamente a su alrededor, con cierto aire mayestático, sacerdotal, como indicando una ruta inexorable hacia el centro lascivo del universo.

A su costado el gatito emprendía con decisión un acercamiento escrupuloso pero constante, obligando a Luis, más por curiosidad que por nerviosismo, a dejar de observar las cabezas de los niños que cada vez se acercaban con mayor celeridad al karateca que permanecía envarado en el centro penumbroso de la pista de patinaje. Un mimbre en un día sin viento.

Sintió el lento y gris crujido de las chapas. Lo sintió antes que las manos del gatito, prácticamente a su lado, comenzaran a hundirse en el aire sinuoso de la verdad.

## La dictadura del proletariado

Aníbal no aguantó demasiado. Sin embargo, todos los días se levantaba a las cinco de la mañana y se tragaba media docena de huevos crudos antes de salir a correr por el Prado. Trotaba por la calle Consulado hasta toparse con una plazoleta con palmera aislada y farol adosado y desde allí, se metía en la calle Porongos repechando hasta encontrarse con la avenida Larrañaga y sus plátanos pelados, lustrosos de invierno, entre absurdos y desconsolados. Derecho hasta el Prado, se ordenaba a sí mismo, como si le diera una indicación a un taximetrista. Era él y era otro y era Aníbal luchando contra un destino avieso.

La quinta de Herrera, la panadería Avenida, la farmacia Picarelli.

Cuando pasaba Burgues el Prado se olía como un recuerdo bucólico, como un asalto, como una fresca contrariedad ciudadana destruida - aunque no del todo- por el arroyo Miguelete, una enorme letrina entubada que desaconsejaba la respiración. El Rosedal, unas diez vueltas al circuito interno de canteros rotos, pedregullo lavado, canchas de fútbol. Luego el regreso, menos enjundioso pero cargado con el orgullo de la resistencia confirmada, con el deseo casi consumado, con el futuro.

El monumento ecuestre de Aparicio Saravia, el Parque Posadas, el colegio Clara Jackson de Heber, la calle Consulado, la vida.

Todas las mañanas ese sentimiento de preparación puntillosa lo alejaba de todo devenir indeseable. La rutina excluye el luto. La tarea repetida aleja la inexorable vicisitud de la decadencia. Correr era una preparación para correr y era la carrera en sí misma considerada. Y el

resoplido y el jadeo sibilante de una caldera con agua a punto de hervir, naciendo de los pulmones aceitados de Aníbal, anunciaban el estado previo al paraíso de los que trabajan. Endorfinas de la dicha. La flecha del tiempo del lado de los pobres del mundo.

Rosa, la mujer de Aníbal, era empleada en una joyería. Manos cuidadas, uñas cortas –no demasiado cortas- pintadas con esmalte transparente, con un brillo virtuoso que encandilaba a Aníbal cada vez que Rosa preparaba la comida. Manos enjoyadas. Las manos de Rosa eran la larga, deliciosa acogida, la suavidad, el reposo y el camino, la carrera otra vez, el mundo entero entre los cuencos de las manos enjoyadas de la empleada. El futuro para ellos dos y para todos.

Aníbal trabajaba en la construcción. Peón de albañil, a veces disfrazado de oficial, a veces trajinando cualquier esfuerzo más o menos mal pagado. Desde las siete a las cinco, el bolso que le preparaba Rosa con la comida le colgaba del hombro derecho como un poncho escaso. El presentismo en la obra los días de lluvia para cobrar una extra, la obligación de no estar al abrigo o de estarlo en una futura estructura que nunca le pertenecería. El desamparo de no pertenecer: *“todas las casas que hay, las hago yo”*.

El presidente del Londres lo fue a buscar a su casa, para pedirle que arreglara el techo de chapas de zinc del club que zozobraba transformado en una masa de hojaldre gris, descascarada y desabrida, abierta al cielo, esperando que una enorme boca la tragara para siempre. El Londres parecía a punto de ser devorado por un dios aburrido y gordo, que no podía dejar un bocado en el plato.

Mientras subía para observar el estado del techo de chapas, y antes de acordar un precio para su reparación, Aníbal vio el pizarrón llamando a inscribirse en la “Doble Londres Prado” a correrse en la próxima primavera. Y sobre todo vio los premios: una medalla y un vale de un

año de duración para comer en la cantina del club. Reparó en el costo de la inscripción, pero no tanto en la cola de muchachos que daba vuelta la esquina.

Arriba lo esperaba una pampa turbia, una cascada de chapas sostenidas por la rutina, la hermandad en la desgracia, la costumbre. Pensó en la tarea casi imposible para un hombre solo, de ordenar ese mar encrespado y a la vez quieto, y pensó que le resultaría más sencillo ganar la “Doble Londres Prado” que treparse a ese tembladeral.

Bajó. Le dio largas al presidente que lo miraba nervioso y quedó en contestar al otro día. Mientras armaba el mate esperando a Rosa, hizo cálculos, realizó proyecciones, ponderó posibilidades, aplicó la esperanza al deseo y el deseo a la realidad, y sonrió cuando Rosa le puso las manos en la cara, como quien comprueba la enorme incapacidad del amor para dejar de entenderlo todo.

Te arreglo el techo, le mintió al presidente, si me cubrís la inscripción para la carrera. No perdés nada, siguió mintiendo, mientras pensaba en ese techo vociferante, cenagoso, herido de muerte. Bueno, está bien, le dijo el presidente al toque, contando los billetes que nunca saldrían de su bolsillo y confiando en la proverbial estupidez de los derrotados de antemano. ¿Estás entrenado vos?, preguntó como quien advierte desde su radical superioridad a un náufrago sobre le endebles inherente a todo rescate. La cancha de Wanderers, el Boliche de los Yuyos, la panadería Blandengues de Artigas hasta mi casa, todos los días antes de entrar a la obra, cuando hay obra, le respondió Aníbal inescrutable, oyendo sus palabras casi sin reconocerlas.

Hecho, respondió el presidente. Fermín Ferreira hasta San Martín, Bulevar Artigas hasta Millán, el resto del camino lo conocés, ida y vuelta dos veces. Desde el Miguelete hasta el monumento a Saravia hay una contra reloj, le soltó el presidente, despreocupado como un chimpancé

en un andamio. Aníbal dejó caer la frase dentro del fervoroso recipiente de la fe y se subió al techo con la decisión de un francotirador avezado.

Como un bondadoso peluquero de barrio, Aníbal peinó aquellos mechones grises de chapas canosas y bajó a decirle al presidente que el trabajo estaba terminado reasegurando la cosa contra el mal tiempo de finales del invierno: si no llueve en dos semanas, todo bien, si no, hay que volver a subir.

El día de la carrera, antes del alba, Rosa le preparó el bolso como todos los días pero con una variante: fruta picada para entregarle a Aníbal en la zona de reabastecimiento ubicada a la sombra de la estatua ecuestre de Aparicio Saravia, bajo la mirada admonitoria del héroe, firme, imantado, mirando hacia el norte, como diciendo: se viene de donde se viene. Aníbal también sabía de dónde venía y sabía más, sabía que el entrenamiento era solitario pero la carrera no. Rosa pelaba y picaba con sus manos enjoyadas la fruta con pulcritud maternal: si eran manzanas las tocaba con unas gotitas de limón para evitar el desgaste ruinoso del mal color; si eran mandarinas, quitaba las semillas con las mismas uñas que enseñaban a un niño la manera de dar cuerda a un reloj, o mostraban la calidad de la plata jamás envilecida.

Cuando Aníbal recibió de manos de Rosa el bolso en la zona de reabastecimiento -sudoroso, mudo, desdibujado- buscó los trozos de fruta con desgana ansiedad. Veía, sentía, a los otros corredores más jóvenes que él, olímpicos y alados, y el peso del corazón racionalmente convencido de la victoriosa batalla final, lo aplastó. Miró a su mujer que lo miraba y entrevió a lo lejos, el techo del Londres y al presidente, y pensó, enmadejado en su desgracia, que no hay acuerdo posible. Nunca.

## Lo que significa

Los tres golpes fueron breves pero rotundos como si la necesidad fuese sólo necesidad, nunca urgencia, o en todo caso una confirmación acordada de antemano con otros que Cristóbal, el sereno del Londres, conocía muy bien aunque no tanto como para suponer que un lunes de madrugada fuese otra cosa que un lunes de madrugada, un desierto hastiado, pesaroso y los tres golpes en la puerta una molesta incertidumbre a despejar.

Hubo unas risitas que Cristóbal no escuchó, una camioneta que arrancó seseando en la calle húmeda, un giro en el cuello de la figura que golpeaba la triple puerta del frente del club Londres mientras se asomaba por una de ellas, la que quedaba en ángulo recto con las dos principales y que ostentaba en su centro una especie de rejilla de confesionario, reminiscencia de tiempos de cobro de entradas a los espectáculos de patín artístico.

Hubo ecos además. Los más poderosos, los de los tres golpes que se elevaron por el aire helado del salón principal, rebotaron en el doble corredor que llevaba a la cantina y al altillo en donde Cristóbal los recibió mientras bajaba la escalera entre malhumorado y temeroso. Al morir el tercero de los golpes ya estaba pisando el último escalón de la escalera, como un diligente artillero al pie del cañón. La guerra es la guerra y si estás viviendo de prestado en un club, oficiando de sereno además, hay que tener buen tino para evitar la mínima desbandada nocturna, peor que la muerte si cabe.



Los otros ecos correspondían al sedoso ruido de las alpargatas de Cristóbal que habían traqueteado los escalones de metal que llevaban a sus aposentos de altillo desvencijado y solo, y el jadeo de una respiración asmática, retocada por el ansia, la soledad, la rutina del que duerme de a ratos porque todavía no conoce las mieles burocráticas del disimulo, la falsedad, el tedio. Fueron tres golpes, unos pasos y el jadeo inclinado de Cristóbal.

Gritó: ya va. Y le pareció escaso de volumen, entonces emitió un ya va de auténtico león enjaulado que se mezcló con el resto del paisaje sonoro y con la débil claridad que bajaba desde una claraboya, claridad que le permitió llegar a las llaves de las luces del salón, iluminado bruscamente, como si lo que dejaba ver no fuera el *portland* lustrado de siempre, las manchas de humedad, el retrato de la reina Isabel II que adornaba el teléfono público y la entrada del baño maloliente, más que oscuro, irrelevante.

Llegó por fin a la puerta y miró por la que parecía la rejilla de un confesionario y distinguió, con ese asombro limitado que poseen los curtidos de todos los tiempos, que del otro lado de la noche le sonreía una mujer. Cristóbal pensó que el perfume levemente mentolado, unido a cierta fragancia anisada, que le recordaba a otra mujer perdida en el tiempo, le correspondía a él y a su memoria por derecho de conquista. Un náufrago aferrado al pecio de la embarcación que lo perdió y que prometía, insólitamente, salvarlo.

Soy un hombre pasando un paquete de una a otra orilla, pensó.

Cristóbal buscó en los bolsillos del equipo deportivo que le servía de pijama, las llaves de la triple puerta del Londres y, como era de esperar, no las encontró. Acostumbraba a dejarlas encima del escritorio de la

sala de sesiones de la directiva que quedaba a medio camino entre el altillo y la entrada.

A trillar otra vez, pensó, no soy dueño de nada. Olvido lo que no tengo.

Se vio obligado a decir algo, para no dejar a la mujer a oscuras, a las puertas del improvisado confesionario del otro lado de la luz y de madrugada. Voy a buscar las llaves, gritó, cuando ya se iba, con un gesto irracional y un falso tono de naturalidad, mientras la mujer asentía para nadie.

Las palabras no importan. Y los gestos no ayudan, podría decirse.

Cuando por fin abrió la puerta, el rostro de la mujer desmentía la fragancia: estaba pálida, compungida, al borde del llanto. Perdoná la hora, le dijo la mujer a Cristóbal, pero como vi el cartel del club pensé que habría un sereno, y estaba, estoy, asustada, vengo corriendo desde hace tres cuadras por lo menos, y respiró con profundidad de abismo.

Todo bien, todo bien, repitió Cristóbal mientras abría la puerta, no pasa nada, y se movió para que la mujer pasara, como un torero deja pasar al toro salvando vida y traje de luces. La brutalidad de la muerte o la certeza del amor, envilecen toda ceremonia.

Vengo corriendo, me siguió alguien, no sé, trabajo de enfermera y luego del turno me venía para la casa de una amiga y me confundí de calle, ¿ésta es Guaviyú o Consulado?, se atropelló fingiendo una confusa fatiga que hiciese consistente un relato que ocultaba otros asuntos más oscuros.

Fermín Ferreira, se apuró a corregirla Cristóbal, prendado de la mujer morena, refulgente, el esplendor de la verdad, pensó y la invitó a pasar a la cantina, sentarse a una de las mesitas de hojalata, tratando de encontrar una silla más o menos cómoda, encontrándola al fin entre las de la directiva del club, de cuerpo alto, tapizada en cuero verde, digna de ella, la robada a la noche.

Y ella tomó asiento, una reina pensó Cristóbal.

La reina fue interrogada por si quería tomar algo y contestó que sí, algo caliente o algo fuerte o las dos cosas y el siervo asumido, confeso, deseoso en el que Cristóbal se había transformado rebuscó entre los anaqueles: caña, espinillar, grapa, grapa miel, grapa miel sin duda, y así fue servida la reina de la noche, la refulgente mariposa.

¿Vivís acá, no?, preguntó aseverando la mujer, algo que sabía desde que se había bajado de la camioneta y Mauro le había ofrecido el oprobioso salario del engaño, vos vas y lo volvés loco y te pago un buen servicio, y después te hacés la acosada, que el tipo salió del club, que te asaltó, y después la pasamos bien todos, ¿entendés?, y ella dijo que sí, que entendía, aunque no lograba entender tanta estupidez sino estaba acompañada de dinero. Hay que darle un susto a ese boludo, quedó colgado entre las risas, la puerta de la camioneta que se cierra, la triple puerta del club Londres, *la noche que te fuiste llovió sobre mi hastío*, dice el tango, dicen.

Mientras agradece la bebida, los detalles, las atenciones, el rostro azorado de Cristóbal se presenta, soy Cristóbal, le dice a la mujer. Vivo acá, soy el sereno, dueño de la noche del club Londres, y la voz rebotada en el vacío absoluto del club, se miró en la claraboya y se

quedó quietita, como un perro a los pies del amo, ¿tenés frío, miedo, te ayudo en algo?

Y ella se olvidó de todo lo acordado.

Cristóbal quiere decir el que lleva a Cristo, explicó el sereno, y aunque ya nadie cree en esas cosas, yo hubiera, debí haber sido, un gigante bueno que pasaba gente de una orilla a la otra en un arroyo hinchado de agua en invierno, y en esas andaba cuando un chiquito quiso pasar y lo pasé y pesaba tanto como la congoja y cuando le pregunté me dijo quién era, y que pesaba tanto porque llevaba los pecados del mundo y acá estoy...

Marta, dijo ella, me llamo Marta.

Marta significa preciosa, dijo Cristóbal, lo que significa es eso.

## **El artista es el creador de cosas bellas**

Para la luctuosa Navidad de aquel año, Virgilio -el pintor del barrio Brazo Oriental- había acumulado tres milagros pacíficamente aceptados como milagros y como milagros menores. Se convivía con ellos, como se convivía con las modestas ofertas navideñas de las hermanas Méndez, propietarias de la tienda de la avenida Larrañaga; el sorprendente, y a la postre ruinoso, noviazgo entre Alicia la maestra y Gabriel el golero, o el golpe de suerte que casó a Magdalena con el añoso secretario de actas del club Londres, matrimonio cuya consecuencia y causa, produjo una generalizada amnesia en todo el barrio.

Entre esos acontecimientos figuraba Virgilio con su brocha y sus tres discretos milagros.

El primero, acaso el menos espectacular y por lo tanto el más anodino, consistía en lucir con una omnipresencia absoluta y enhiesta, una camiseta que en otros tiempos habría sido de color violeta y que el devenir ineluctable de las horas, el uso automático, el roce humano persistente o las tres cosas, había logrado transformar en una especie de colgajo lila, manchado de manera irregular y difusa, salvo en un detalle nada menor: en el sector izquierdo del pecho, sobre el corazón de Virgilio, había surgido un rostro humano. El discreto prodigio se debía, probablemente, al contacto de algunas manchas de cal con la superficie desteñida de la tela originaria, pero no era ese el asunto. El asunto era el resultado de semejante contacto, porque el rostro humano

mantenía una semejanza fantástica con cierto retrato de Vermeer unánimemente desconocido para todo el barrio, Virgilio incluido.

¿De qué sirve la belleza si no es reconocida en su eficiente virtualidad sagrada?

La dama de la perla, la Gioconda del norte, relucía en el pecho de Virgilio, ignorante y feliz, en su primer milagro inadvertido. Los ojos esquivos de la bella muchacha mirando al pintor holandés, incluso la minúscula perla, una gota luminosa, oscilante, en la oreja de la muchacha. La perla bailaba en la devastada camiseta de Virgilio que antes había sido violeta y ahora llevaba, entre lilas desmayados y manchas de cal, el estigma de la belleza.

¿Es posible que la ruina, el hastío, la rutinaria demolición de la materia sean una forma superior, desconocida de la belleza?

El segundo milagro de Virgilio salvó a toda la directiva del Londres de un papelón. Cuando se murió el añoso secretario de actas, el casado con Magdalena, la directiva en pleno se constituyó en La Placidez, la empresa de pompas fúnebres del barrio. Hacia el velatorio del añoso secretario de actas, marcharon presidente y vocales, damas integrantes de la comisión de damas, patinadores, capitanes de los planteles de *baby* fútbol, el cantinero, algún cliente y Virgilio, pintor oficial del club, en lúgubre delegación.

Llegados a La Placidez, se mandaron todos dentro de una sala mortuoria con un cajón cerrado, ninguna ofrenda floral, ningún indicio, y decidieron de manera inapelable, que aquel era el velatorio y que la singular falta de deudos, incluida Magdalena, la viuda, se debía a la hora algo temprana y a la falta de parientes del secretario de actas, tan

longevos como él y casi necesariamente muertos como el secretario, sólo que un poco antes.

Virgilio desconfió de semejante vacuidad, y pese a que permaneció unos veinte minutos en solidario silencio, tan pronto como la débil multitud doliente comenzó a disgregarse para salir a fumar, contar algún chiste, chismorrear sobre la moral futura y sobre todo pasada, de la viuda, se dedicó a tantear la tapa del cajón para ver de cerca el contenido. Virgilio no pudo morigerar un poderoso: vos no sos Ganímedes Galimberti, cuando se asomó al cajón y vio lo que vio. Allí adentro, como un mar quieto pero espumoso, descansaba la melena de una mujer -y la mujer en sí misma considerada- teñida a lo Jean Harlow, y que estaba tan muerta como el añoso secretario, única condición que los unía en La Placidez y más allá.

El presidente del Londres solicitó discreción luego de que efectivamente fue encontrado Galimberti, tan sereno como siempre, con Magdalena llorando a su costado, en la sala contigua a la de la mortuoria epifanía de Virgilio.

Guarda e passa.

El tercer milagro unió a Virgilio a la Navidad para siempre. Estaba pintando las grasientas paredes de la cantina del Londres, adecentándola para el festejo de la Noche Buena, cuando llamaron. Domingo de tarde, calor, la serena beatitud del barrio sofocado, un hilo de sombra se mecía debajo del paraíso más o menos pigmeo que cobijaba la triple puerta del club, con esa rejilla que se asemejaba a un confesionario y que había funcionado como taquilla en otros tiempos.

Llamaron.

Virgilio pintaba escuchando radio Clarín, fija en el dial como un mal presagio que, sin consumarse, no se va nunca. La radio portátil asomaba desde el mostrador a sus espaldas, apoyada en una hoja de papel de diario con una historieta de Tarzán, leones, selva, lianas, gritos sin sonido. Arrancaba D'Arienzo con La Puñalada cuando llamaron. Dos palmadas al aire, como se llama en el campo, aplausos para el pintor, pensó Virgilio, una cargada.

Dejó la brocha cuando la segunda tanda de palmadas empezaba a distraerlo, a molestarlo, a sofocarlo un poco más que la tarde inmensa de diciembre. En su pecho, la dama de la perla, la Gioconda del norte, dibujó una mueca extraña cuando, prisionera de los movimientos de la camiseta de Virgilio, aproximó la frente a los labios, como si el pensamiento quisiera hacerse físicamente tangible. Virgilio miró a su alrededor como si en ese acto controlara todo el universo, como si le bastara saber que la brocha metida en la lata de pintura celeste ocupaba el lugar que le correspondía y que él, su amo, se hallaba entero en su sitio de pintor.

En la triple puerta del club Londres lo esperaba Lucía, la madre de Betito, con las manos en el delantal, frotándolo como si esperase la súbita aparición del genio de la lámpara. Se subió a la azotea, balbuceó, se subió a la azotea mientras yo cocinaba. Y el resto fue un murmullo ahogado por la gente que venía tras ella con Betito ungido, inmóvil estandarte de una fe que eleva lo que ha perdido.

Cuando volvió a enfrentarse a la pared, Virgilio vio una mancha de humedad que pintura alguna podría cubrir jamás. Y la dejó por esa.



## Jealous guy

Agustín Belgrano no se llamaba exactamente Agustín Belgrano, pero era.

De Belgrano tenía la cara, según dijo un jugador del plantel del Liniers Fútbol Club -el que lucía una maravillosa camiseta blanquinegra con el número 10 abrochado a la espalda- que había llegado un enero de calor insoportable durante un intercambio rioplatense en el que el Londres brindaba hospedaje, paseos a la playa Ramírez, futbolito y merienda.

Tenés la cara de Belgrano, gritaba el porteño, con la pinta de maricón que tiene Belgrano en los billetes y en los dibujos del Billiken -cruzado de pierna, con la bandera argentina ondeando al fondo- mientras una de las señoras de la Comisión de Damas del Londres -más precisamente la que lo alojaba- revoleaba los ojos en señal de desagrado y condena.

Porteño ordinario, comedor de galletitas María untadas con dulce de leche -de a cinco juntas- que no conocés la playa y que cuando volvés de Ramírez, me llenás de arena el living de casa.

Agustín se llamaba Agustín por el santo -madre devota, padre ausente, igual que el santo- y generó las iras del porteño canchero por la sencilla razón de que Agustín siempre lo vapuleaba en el futbolito sin quitar los ojos de la revista de chistes que leía con fruición esperanzadora mientras jugaba. El día del bautismo ruinoso como Belgrano, Agustín leía embelesado una revista de la Legión de Súper Héroes en donde Saturna -una especie de mentalista rubia- jugaba un

rol principal. Saturna fue la primera rubia que vio en su vida, que lo atrajo primero y lo enloqueció después, en una sucesión constante, profunda, principista. Agustín ganó al futbolito holgadamente en homenaje alegórico a la caricatura. Amor platónico versus resabio del derrotado.

Sos tan maricón como Belgrano, le lanzó el porteño entre molinetes, movimientos del futbolito para inclinar la pelota de madera hacia el arco de Agustín, maniobras arteras de todo tipo. Allí conoció Agustín que ganar no bastaba en tanto no se tuviera conciencia de la victoria y, sobre todo, conocimiento profundo de la reacción en cadena que la victoria siempre provoca en el derrotado. Sabes ganar Aníbal Barca pero no sabes explotar tus victorias, dicen que le dijeron sus asistentes al general cartaginés que le pegó unas palizas brutales a los romanos pero perdió la guerra. Ganar siempre es saber.

Cuando lo obligaron a posar para la foto en la entrada del Londres, durante la despedida de la delegación del Liniers Fútbol Club antes que se embarcaran en el Vapor de la Carrera, Agustín resopló con una mezcla de vergüenza imposible y fastidio ineficaz que tampoco lo abandonarían con el llamado paso del tiempo.

Saturna es la novia de Relámpago, le susurró el porteño al despedirse y, antes de darle la mano, en una especie de ritual adulto anacrónico, tonto, incomprensible para cualquier niño, lo remató con un: ¿le viste la pinta a Relámpago, Belgrano?, puro músculo.

Hay palabras que quedan. Duran mucho más que una piedra, perduran tanto como el monumento de granito y bronce de un héroe. Belgrano.

Agustín cargaba ese antiguo, ardiente peso de tres sílabas mientras volvía del liceo con un disco en cuya portada se veía un rostro desvaído, algo oculto por una nube que le orillaba la mirada y se depositaba en la frente sin ser una aureola santificadora, un detalle magno, un error blanquecino. Un rostro desconocido para un hombre conocido. Una nueva imagen que incluía una especie de traición al recuerdo. Agustín era Agustín Belgrano mientras el hombre de la portada del disco, parecía un observador del mundo con una mirada miope y descentrada.

Se lo había prestado Laura, la delegada de la generación, a la que Agustín había prometido devolvérselo al otro día sin falta, con la extraña sensación de llevarse una prenda, un rehén, que no le interesaba salvo como sugestiva ofensiva contra esta nueva rubia, Saturna, mentalista, a la que admiraba, ansiaba, deseaba desde la oscura endeblez del rincón más húmedo del salón de clase.

Un salvoconducto el disco, pensó, agitado el corazón, recordando el plazo exiguo. Las palabras pesan, el tiempo se agrupa como un ejército para dar el zarpazo final. Se sintió derrotado y miserable, como Belgrano en la campaña del Paraguay. Las palabras pesan más allá de su ocasional emisión, más allá del despecho ocasional, del subterfugio de la pequeña venganza ocasional, de la ingravidez tonta –ahora tonta, ¿tonta? - de los años pasados.

Cuando frente al tocadiscos lo sacó de la funda plastificada, ordinaria, pobretona, se le apareció Laura de cuerpo entero. Las manos pequeñas, los anillos sobreabundantes, el pelo rubio casi rojizo, las pecas, la mirada disuelta en el desinterés por Agustín, el fatigoso deseo llevado con angustia, desazón, cansancio. Un soldado en la trinchera herido de muerte una y otra vez. El batallón de la desdicha en un disco prestado que no le interesaba, el fetiche del amor.

La etiqueta con la manzana en el centro del disco lo transportó primero a Newton y luego al Edén. El Edén sin dudas. Dejó caer el brazo sobre el vinilo baqueteado y el sonido a fritura de celofán lo invadió con una nostalgia porosa: hacía media hora Laura se lo había prestado indulgente luego de la clase de dibujo. Agustín no le había prestado la más mínima atención al dichoso disco durante la clase, sus sentidos se remitían a la visión de Laura. Allí quería quedarse a morir.

Ahora tenía entre sus manos al tipo egregio y neblinoso de la portada, al mismo tipo de perfil y acostado en la contraportada y a Laura en el pecho oprimido. Con el tiempo supo que un recuerdo recobra una sensación vívida, multiplicado por la pérdida. Una evocación es más nítida que una fotografía. También supo que semejante argumento no dejaba de ser el consuelo de los humillados, el ponchito de los pobres, el campeonato moral.

Ahora lo sabe porque así ha vivido. He contemplado, se dijo en voz alta, la marea de cosas perdidas acurrucadas en la frente de todos, de cualquiera. Las que se perdieron y las que fueron arrebatadas sin previo aviso, sin la falacia de la anestesia succulenta, magra del previo aviso. La casa, la cocina de la niñez, el perro muerto, Laurita, los dos primeros versos del tema tercero de la cara A del disco que ella le prestó: lo que se evoca sin sentido ni logro.

Y las venganzas. La maravillosa camiseta blanquinegra con el número 10 pegado en la espalda, que hace más de cuarenta años respira entre sus manos.

## Saturno

Desde Fermín Ferreira hasta Guaviyú, por Guaviyú hasta Pugnolini, por Pugnolini hasta José L. Terra y otra vez por Fermín Ferreira hasta la puerta de entrada del Londres, puliendo el ciclo immaculado del hastío. A izquierda y a derecha de sí misma -como un gobierno indeciso, dubitativo, demagógico y a la vez obvio, evidente, reiterativo- Nuri iba y venía con la languidez del desasosiego mascado, como quien no come desde hace mucho tiempo y desconfía de cada olor, de cada aroma, de cada perfume a cocina desplegada en trabajos de olores, de aromas, de perfumes.

Iba sola, o mejor dicho, fue sola por un largo tiempo, caminando sus quince años retacones, gorditos, de apaisados ojos negros, insoslayables pero insuficientes.

Fue sola por un largo tiempo con su cabellera desusadamente negra, como si una mancha impura, ferruginosa, vívida, la siguiera como un daguerrotipo acostumbrado a no poder captar lo que se mueve. Trincheras en Sebastopol, tejados en París, piernas velludas en la playa Ramírez.

Siguió sola con su espalda tenuemente encorvada acentuando su estatura pequeña, girando en la noria de una calle absolutamente igual a sí misma más allá de los paraísos acelestados en verano, añiles en invierno, indiferentes a lo que no fuera la inercia natural de las cosas que ocurren.

Una más Nuri, una más que se da cuenta de algo trascendental pero común. La rutina enseña cuando ya no importa.

Por esa rutina de hija de almacenero de barrio -sonrisas cada vez más gastadas, vacías madrugadas de junio, la limpieza por la tarde y el domingo cerrado pero atento a los abusos de los vecinos- Nuri tenía la otra rutina, la de pasearse sola a derecha y a izquierda, una oscilación que unía la desesperanza con la mudez, la infelicidad con el deseo, la añoranza de lo perdido con la certeza de que todo no dejaba de ser una fantasmagoría absurda. No había por dónde, no había qué, no habría entonces.

Lo miró con desconfianza, con cierto grado de animosidad por tener que tomar una decisión, incluso por tener que compartir la ruina. Pero el cachorro, temblando a la entrada del Londres, sabía de la vida. Por eso Nuri lo miró y el cachorro la miró a ella: por destinos concomitantes.

¿Ya viste al perro Londre?, le lanzó el presidente del club Londres que salió justo al paso de Nuri. Ya tiene nombre, prosiguió con cierta solemnidad irónica, se llama Londre, sin ese, porque algo tiene que faltarle a este perro si recalca acá.

Nuri miró el bultito marrón, de raza borrada, como soldado a una puerta que tampoco era suya ni quería dejarlo entrar. Tampoco, soltó Nuri entre dientes.

Si lo querés es tuyo, dijo el presidente, te lo regalo con nombre y todo.

El perro se movió con el recelo de los eternos cascoteados, movió la cola como si fuera un metrónomo acelerado, y empezó a pararse tembloroso, esperando otro golpe de la vida. Dejó de mirar hacia la puerta de entrada del Londres y fijó el morro negro y húmedo en Nuri. La distancia entre la mirada del perro y la de Nuri, que también lo miraba con ambiguo embeleso, marcó cierta decisión inconsciente, magnética, atrapada entre una puerta que nunca se abriría y el futuro.

Señales de humo en un día ventoso.

Vení Saturno, pobrecito, le dijo Nuri, y la inmutable parálisis se quebró. Levántate y anda, ábrete sésamo, abracadabra.

A dos años de la adopción, Nuri mantenía su rutina acompañada de un Saturno vigoroso, olisqueando el racimo de calles del Brazo Oriental con la certidumbre de estar allí desde siempre, de ser un afincado eficiente y necesario. El bultito tembloroso se había transformado en un tronco robusto de corteza ominosa, una muesca afilada en el hocico ñato y negrísimo, un trote corto de león de dibujos animados.

Te parecés al león cordero Lambert, le susurraba Nuri, mientras le tocaba el lomo lustroso tan cercano a su mano, tan adosado a su cadera como el farol que sostienen los enanos de jardín. Eso le parecía a todos los que los veían dar la vuelta eterna frente a la entrada del Londres los sábados de invierno bien temprano en la tarde, o en el verano minutos antes de anochecer, pero nadie osaba decirlo en voz alta, no por miedo a la reacción airada de Nuri, por miedo a Saturno que con el paso del tiempo parecía cada vez más joven y robusto, más astuto y avieso. Este perro sabe, decía el presidente del Londres, sabe quiénes somos, y más, sabe que yo lo regalé y que me hubiera dado igual que se muriera de frío, de hambre, atropellado por un auto -y la enumeración continuaba letánica, interminable, pecaminosa- comido por la sarna, este perro sabe.

Sos como el león cordero Lambert que criado por los pastores de ovejas era una oveja en todo lo que hacía, ¿eh Saturno?, seguía susurrando Nuri, y era bueno, justo, sabio.

Mientras tanto el perro rejuvenecía y prosperaba. No es que el tiempo no pasara por Saturno, más bien Saturno lo acumulaba como quien consume veneno en dosis infinitesimales y se vuelve inmune a su roce,

alcanzando una especie singular de inmortalidad, la que deriva de haber muerto mucho. Como si ya hubiese muerto cuando no era sino un bultito tembloroso a las puertas de un club arruinado. Como si la entrega a Nuri no fuese sino una excusa del tiempo para hacer justicia con sus designios últimos. Como si aquel acto de abandono camuflado del presidente del club Londres del barrio Brazo Oriental, uniese las partes de algo más importante, de algo magno, de algo intemporal.

Mientras Nuri decrecía como el sol durante el invierno, Saturno conseguía detenerse indefinidamente contra un horizonte reseco, trepando cadencioso como una oruga que desarrolla la belleza inexorable del ciclo natural de las cosas que viven, desde la fealdad completa, terminada, ocluida.

Mientras el Londres se reducía a un montón de chapas mal peinadas que no logran disimular el estrépito de todo derrumbe, Saturno se vengaba con una jactancia muda, acunado por los susurros de Nuri, que envejecía como el recorrido moroso que la envolvía desde siempre.

Sos como el león cordero Lambert, ¿eh Saturno?, le susurraba Nuri una y otra vez con la mano casi apuntalada por el lomo del perro.

Saturno desapareció en la mañana del Sábado de Gloria. Cuando Nuri lo fue a buscar al fondo de su casa encontró la cucha vacía y la correa cortada por un preciso trabajo de demolición quirúrgica.

Torpemente, a Nuri sus veintisiete años le pesaban como un amor arruinado, se agachó para mirar el fondo de la cucha impregnado del olor rancio de Saturno. Buscaba el pasado, la certeza de los paisajes detenidos, las postales de una muchacha paseando a un perro fabuloso en Yalta o en Oranda. Encontró la memoria vacía en la perfecta fórmula del pesar.



Salió a buscarlo. Fermín Ferreira, Guaviyú, Pugnolini, José L. Terra, Fermín Ferreira hasta el Londres. Encapsulado, oculto en la mañana fría de otoño, amarillento como un río de hojas secas, un bultito tembloroso apenas, ocultaba un cachorro de hocico negrísimo a la entrada del Londres, como si todo fuese a la medida de una ofensa que se debe limpiar, de una iniquidad que se extingue luego de haberse degustado y que deja cierto regusto a gloria. Un toque pequeño pero notorio. El golpe de una ventana mal cerrada, nada del otro mundo, nada que no se arregle con el simple ejercicio de caminar, sujetar, proceder.

¿Cerraste bien la ventana Nuri?

Una señora mayor, con el pelo canoso recogido, de ojos negros injustamente olvidados, consolidada en su condición de mujer gruesa y bajita, se asomó al bultito tembloroso y le susurró, con una voz cordialmente núbil, una historia acerca de un león criado entre corderos, de nombre Lambert, orgullo de los pastores y del rebaño.

## El Londres

Si la calle Fermín Ferreira fuese un río -el Neva, el Tíber, el Nilo- el club Londres sería una deriva de muros grises con dos ventanucos deslucidos, una entrada neutra y casi invisible, unos muretes pisoteados por cualquiera que necesitase un pasado anodino en el que recostarse, porque el Londres es como un boletero rutinario que alisa y guarda billetes viejos: nada de lo que toca es suyo ni lo será nunca.

El Londres es así, impasible por defecto y eterno por circunstancial.

El barrio se acostumbró a convivir con la deriva grisácea del club como si el Londres fuese una obligación rutinaria. Una abuela a la que se aloja cuando se enferma en invierno. Pero nada más.

Un niño al que se le escapa un globo, un perro perdido, la lluvia en junio.

Como toda estructura creada por el hombre, el Londres pervive porque de alguna sólida manera fue deseado. Ahora flota -como San Petersburgo, como Roma, como El Cairo- ajeno a su origen, pero fiel a sí mismo en su deriva.

Las dos vecinas que ahora mismo conversan sobre la vida de los otros de forma natural, se apoyan contra los muretes del Londres mientras miran de reojo a sus dos hijos pequeños -la niña rubia de rompevientos rosado, el niño regordete de ojos entornados- que están allí esperando que el tiempo pase como ellas lo están, naufragando en el tedio inconsciente de la niñez inmolada. Los niños juegan con cierto

mecanicismo ensordecedor: la niña grita, el niño intenta imitarla, las madres siguen hablando, chillando como monos sordos.

El perro que asoma su hocico por la esquina del Londres tiene un tranco afable pero desconfiado. En realidad parece trotar como si nada lo perturbase aunque su morro escrutador, ralentiza toda silueta humana que pasa por su costado. Esa incalculable capacidad de decirse a sí mismo, desde una conciencia movediza de perro perdido, a quién debe ladrarle, a quién moverle la cola, a quién esquivar por superioridad notoria, ferocidad, abulia. Trota hasta ponerse a tiro de los niños y espera.

Ha comenzado a garuar. Una tenue opacidad indica que la luz siempre oculta colores, que junio está instalado -tan instalado como el perro- y que los grandes naufragios se inician por vías pequeñas abiertas monótonamente en las profundidades de todo lo que alguna vez supo flotar o cumplió esa función.

En un segundo el perro se ha alineado con los niños mostrando un extraño rictus asentado entre el hocico no demasiado húmedo - ¿afiebrado?- y las órbitas invadidas de súbita tristeza, de desconcierto irresoluble, de morosa soledad.

Una caricia, un poco de comida, una caricia. Ese golpe seco con que los hombres racionalizan el hastío, la culpa, el hastío culpable, se ha escapado de este escenario repentino y trepa con ominoso sigilo por el piolín que sostiene la niña entre las manos con fiereza, como si en la punta no flotara un globo amarillo, lustroso, Humpty Dumpty sin muro ni osamenta ni cascarón.

La lluvia finísima molesta algo, molesta bastante en realidad, pero más molesta el ruidoso, abisal silencio de una casa con niños, y la

conversación asume la forma definida de un enorme registro civil alojado en las cabezas de las vecinas: la loca aquélla de la calle Aréchaga, la rubia a la que el marido perdonó, un nabo el tipo, porque en cuanto pueda, adiós mi plata, el retardado que se le cayó a la que lo cuidaba y ahora es poeta, la peluquera, la que sale de noche, la fabriquera que huele a cuero crudo, la que no llega nunca a la misma hora, el borracho que le pega a Adela, la que llega siempre en auto, la que viene al barrio a pie pero se baja en la otra cuadra, usted y yo, nuestros hijos, una comarca de ilusorios matices fraternales, el país, la patria.

El perro se detiene. Se ha detenido con la pavorosa meticulosidad que se da en llamar inocencia, y mira desde una situación de ecuánime estolidez. El perro no hace otra cosa que mirar aunque su retina escruta formas que no podrá interpretar jamás, es un remedo inmejorable de la alegoría de la caverna pero semoviente, como la lluvia, como los niños.

La lluvia no, la lluvia es el otro escenario que rebota contra el Londres arruinándolo un poco más a cada instante. La tortura china en el pelo crespo de un techo irreparable con chapas de zinc vencidas.

Las vecinas no ven cuando los niños y ese globo que amarillea flotando en la garúa, que ya es casi lluvia, se cobijan junto al perro dentro de la entrada del Londres, dentro de ese zaguán que encierra la entrada del club y que sirve de boletería en las noches de fiesta. Los niños acaso guiados por el perro, se han guarecido en esa cueva pegajosa y apagada. No es que aguarden a que sus madres culminen el repaso moral del barrio, no. Es que han encontrado una luz en los ojos del perro perdido, de morro negrísimo y en su pelaje, que la lluvia ha comenzado a lustrar en la inmensa indistinción del tiempo.

Todos son hijos del tiempo. El globo se suelta de la mano de la niña, y los tres, el niño, la niña y el perro -engullidos por el zaguán del junio más oscuro- empiezan a compartir la escrupulosa, inexorable, turbia, solidaridad del abandono.

## Hoplitas

Gerardo, ¿podés venir?, preguntaba una voz argentina, acá te buscan, recalcaba la misma voz de tenorino. Acá, en la cantina, precisaba con cierta urgencia velada, como hace el que sabe que si levanta la voz o desnuda su inquietud, se arriesga al saqueo. Pero Gerardo, sumergido en las actas de la directiva del club Londres, no podía vislumbrar, no ya una modesta nota de sobresalto solapado en el llamado que provenía de la cantina, ni siquiera se imaginaba una modulación nerviosa ondulando en el vacío del club a medianoche. Gerardo no podía distinguir un jabalí en celo en busca de pareja entre sus piernas, debajo de la larga y arruinada mesa de sesiones. Por eso todo volvió a comenzar.

Gerardo, ¿podés venir, por favor?

Dejó las cifras de la cantina con sus festivales sabatinos de canto popular deficitarios y desafinados; la contratación de un ventrílocuo con su monito de cartón y trapo; las matinés de los domingos de cine arte; el profesor de karate que resultó ser un pedófilo de piyama blanco y la omnipresente protesta de la Comisión de Damas, aburridas de recibir porteños babosos. Gerardo, secretario de actas, único ser letrado de la directiva en pleno, dejó los decadentes biblioratos y asomó sus ojeras a la negra procedencia de la voz.

¿Quién me busca?, preguntó, agregando temeroso, ¿mi mujer?

Lo que escuchó fue el silencio. Un silencio desconocido. Un silencio con aristas negras. Un silencio que lo asustó primero y lo acunó

después, añoranza de lo que se perdió o de lo que nunca se tuvo. La vida, pensó. Me llama la vida, pensó otra vez. Y salió a la luz susurrante que dejaba escapar la cantina a punto de cerrar. Antes miró a la reina Isabel de Inglaterra, luciendo un sombrero celeste en el retrato que engalanaba la franja de pared yerma, amarillenta, que había entre el baño y la sala de sesiones de la directiva. Enderezó el cuadro con la fotografía firmada y sin saber por qué, una tristeza desconsolada le entró por la nariz y lo hizo hipar como a un niño el primer día de clases.

Gerardo divisó al vasco Uzcú dum en el momento en que el cantinero, la voz que lo había llamado, desaparecía de la escena como un actor secundario que anuncia un asunto sin importancia. En ese momento comprendió la que se le venía encima pero siguió adelante, un poco por inercia, otro poco por curiosidad, acaso por costumbre. Uzcú dum bailaba con una botella de grappa en la mano derecha. Un baile sin música ni sentido, un baile oscuro como la penumbra en que el Londres estaba sumergido casi desde siempre.

Uzcú dum tenía un lejano, abolido pasado de puntero derecho en un cuadro grande y una fugaz iniciación de fama en la selección truncada por su carácter díscolo, su conducta desordenada y su tendencia inocultable a toda forma de corrupción posible: venderse, hacerse el lesionado, abandonar a sus compañeros en las malas y también en las peores. Cuando toda esa información cuajó en la memoria de Gerardo, el vasco Uzcú dum ya no bailaba: agarrado al extremo del mostrador de la cantina, escenificaba una famosa expulsión durante un partido con la selección argentina. Su mayor momento de gloria consistía en no estar, en salirse, en apurar una retirada.

Gerardo pensó algo más, ¿para quién bailaba, actuaba, el vasco Uzcú dum aquella medianoche absurda, solitaria, inverosímil? El tiempo

que le llevó descubrirlo fue escaso. Al costado del vasco Uzcúdm, medio tapado por las arcadas que enmarcaban las jambas de la puerta de la sala de sesiones de la directiva, Gerardo vio a un tipo enorme, ensimismado, un guapo del 900 sin chambergo, un hombre del oficio que miraba con aire de pena asumida, indiferente, las payasadas que el ex jugador de fútbol le ofrecía. Si el desconocido estaba borracho controlaba sus movimientos con rutinaria idoneidad. El traje negro que llevaba lucía immaculado, el nudo de la corbata parecía demasiado pequeño -un dogal pensó Gerardo- y la boca apenas visible debajo de un mostacho digno de un héroe de la independencia -Garzón, Brandzen, Cheveste- con todos los atributos de los tres: tuberculosis, arrojo, baquía. Casi un héroe, casi digno de un héroe fueron los dos pensamientos que Gerardo mantuvo en vilo hasta que vio la pistola en la mano del desconocido espectador nocturno.

¿Viste que iba a venir?, dijo Uzcúdm mirando al de la pistola que a su vez miró a Gerardo sin mucho tino, discernimiento o lo que fuera que tenía en su cabeza a esas horas. Nadie parecía, a excepción de Uzcúdm, reconocer a nadie ni ser reconocido por nadie que no fuera la propia conciencia, y así y todo, aquello podía ser sólo un relato propio, intramuros, sin correlato con la realidad. Pero Uzcúdm insistió, acá está Gerardito, ¿te acordás la noche del baile, la entrada de uno que se quería colar de prepo?

Gerardo, obnubilado por la pistola en la mano del desconocido poco podía recordar de nada en una vida que se le antojó amplia, vasta, una pampa salada y rumorosa, donde todo iba y venía mecido por el viento sur. Segundos de duda que se cuajaban en el arma del desconocido. Los ojos abiertos como los de un boxeador cuando golpea, los ojos



enormes de la duda y la confusión, los ojos de Gerardo no daban crédito ni abasto.

Vení, vos, le dijo el desconocido, sabés que el vasco se empeña en decir que hace años, una noche como ésta, llegué al Londres y me quise meter en un baile y hubo un tipo que me explicaba y me explicaba que no podía entrar, que no estaba invitado, y en un momento que me contaron después porque entre el pedo que tenía y la derecha que me metió el coso ése, no recuerdo nada, ni la entrada del club Londres recuerdo, si no es por el vasco ni llego...

Es acá, dijo reciamente el vasco Uzcú dum, y el tipo es éste, el que tenés frente a vos, Negro, ¿no me creés?, y entre que se calló y se cuidó de su propia seguridad. Todo suma.

Yo soy el secretario de actas del club Londres, señor, dijo temblando Gerardo, me llamaron y vine, no sé a quién busca. Sabés, seguro que sabés, gritaba el vasco Uzcú dum, estás cagado porque sabés, está cagado Negro, ¿ves? Es él.

Mirá, ¿Gerardo?, dijo el desconocido, tuve una noche complicada y todavía no se acaba, más bien, empieza. La piba no quería hablar, la rubia, la que agarramos ayer en el operativo, y yo le decía que le convenía hablar, que ella era una pluma, le decía, quietita en el aire porque yo soplabo y la dejaba ahí, pero ella no decía nada, terca como esa tos seca del cigarro. ¿Vos fumás, Gerardo? Y la mano izquierda tanteó en el bolsillo interior del traje y encontró una cajilla entre arrugada y consumida, y atrapó como un pescador de caña, un cigarrillo que llegó a la boca del desconocido como un consuelo apagado.

Entonces, al final, después de que la piba habló -el desconocido se relamió el mostacho, condujo la mano que sostenía la pistola hasta la

frente y pareció sacarse algo de encima- me miré las uñas y me las empecé a comer, no sé por qué, me las cuidó como loco, y claro, quedaron desparejas, mordidas como si fueran la cresta de un gallo, y éste que viene y me dice que vos fuiste el que me dio la piña que me durmió para toda la cuenta hace como diez años, ya ni sé... y entonces comprendí que tenía que emparejar algo, que tenía que dejar algo terminado y acá estoy, esperando.

Hace diez años yo tenía catorce, dijo sombríamente Gerardo.

El desconocido le acercó la pistola a la boca y le pidió con un gesto que se callara. La pistola fue y vino contra el rostro de Gerardo como una cortina de enrollar que se zafa sin remedio pero sin furor, recreando el seseo de un latigazo, el rasgueo de una varilla de mimbre hendiendo el aire, el jadeo de un suspiro de angustia de una madre abnegada en una película de cuarta, el foco de la desdicha puesto sobre el acusado, inocente, culpable.

Yo, de esto sé, dijo el desconocido. Vamos a buscar a tu padre.

## Vicarios

Acá estoy. Como todas las mañanas, menos los lunes que tengo descanso. En el centro de mis recursos, como decía Artigas. Me apoyo en el mostrador de la cantina del Londres, que conozco de memoria, y veo las mismas botellas invariables, tan invariables y rutinarias como yo, esperando alguna orden desde otro sitio, alguna razón que me traiga de vuelta lo que perdí, cosas o sentimientos; cosas, porque la palabra cosa se come todo, todo es una cosa, una invariable, rutinaria cosa, y en esa cosa estoy yo, diciendo lo que otros han dicho, viviendo de prestado como un tipo que no puede pagar ni una pensión más o menos limpia, siquiera. Hace años yo traté a un tipo así, era un ventrílocuo, Luciano se llamaba. Se presentó ante la directiva del Londres para amenizar, decía, las fiestas, las comilonas de los fines de semana. Solo y solo para siempre, su voz hablaba por otra voz que era de él, pero distinta a la de él. Y Luciano, que era hombre de fe, rezaba y rezaba esperando hablar con otro que no fuera el monito ése que le daba de comer, el muñeco que se parecía a un mono, Samosata se llamaba. Y un día ocurrió el milagro, apareció una rubia. Pero las historias no son todas así. Además, antes de la rubia, vivió de prestado en una vida que no quería siempre hablando con él mismo, como yo que hablo conmigo todo el día y cuento lo que veo.

De mañana me mando un cortado con una medialuna que el cantinero me refuerza como si fuera mi amigo, que no es. Por eso no hablo mal de nadie, porque si el cantinero, que no es mi amigo, me mata el hambre antes de ir a trabajar al cine ¿qué dejo para los demás?,

los que sí pueden ser amigos míos. Antes de arrancar para el cine, a eso de las doce y media, me mando una grappa, para impedir el temblequeo, para que no se note que desde que dejé el boxeo ando medio perjudicado del pulso. De todas maneras, no hay portero de cine, acomodador o vendedor de golosinas en un cine, que no haya sido boxeador. Es una ley del destino: uno siempre es otro, o quiere ser otro, o anuncia a otro que viene después pero es lo que es, un ex boxeador que puede acomodar gente a trompadas si es preciso. Luciano presentaba a Samosata como yo acomodo al que va a ver una película. Un gesto, un comentario y en lugar de acomodar al espectador, le arruino el día. Pero no, los porteros de cine tenemos una moral. Los únicos anuncios que hacemos son los que están impresos en las hojas de los programas que colgamos en la puerta de entrada al cine, en esas vidrieras más o menos iluminadas: película de aventuras desarrollada en el far west apta para toda la familia.

Después de la grappa, pago, saludo, agarro Fermín Ferreira hasta Guaviyú y de ahí a Bulevar Artigas, cuadra y media, dos cuadras, y aparecen las palmeras, los canteros, las locas, hasta San Martín, derecho hasta el cine Kent, como un relojito, como si la función dependiera de mí. Porque yo hablo conmigo todo el día y cuento lo que veo. El cine Kent depende de los cines de estreno, como todos necesita de otro que lo preceda, como dice el cura del Reducto de Juan el Bautista. No era Cristo, era el monito de Luciano. Sin ofender.

Cuando llego al Kent me acomodo las pilchas en el baño, o sea, primero baldeo los cuartos de baño y después me pongo el saco oscuro y los pantalones con una raya roja. Parezco un cosaco. Vos siempre parecés otro, me dice el dueño del cine Kent, un veterano con más películas encima que Chaplín, parecés otro en cuanto te cambiás, un

Kirk Douglas, parecés. Por la pera rota, le digo yo, cuando intenté ganar el título mediano y me partieron la ilusión y la pera. La ilusión partida duele mucho pero se lleva con más dignidad que la pera partida y tajeada para siempre. La pera marca, la ilusión indica. Es así, una va antes que la otra. Como las películas. Cortos, una de vaqueros, una de amor, una argentina. Los sábados y los domingos, dibujitos animados. Una antes que la otra, un anuncio antes de otro. Y las sinopsis.

Una mañana, mientras salía del Londres bien desayunado, casi me pecho con un chiquilín en la puerta. Ojos abiertos, no como en el cine cuando ven una de James Bond, no, ojos grandes de miedo, de eso que como no se ve se imagina siempre horrible, y generalmente se confirma como horrible o peor. Miré hacia abajo, parecía tener siete años, nunca supe calcular, estaba mudo y temblaba mirando hacia la esquina. Siete es el número de la desgracia: las siete plagas de Egipto, los siete años de ruina cuando se rompe un espejo... Por eso casi me lo llevé puesto, era él el que no miraba, la nuca fija, la cabeza girada hacia la izquierda, le pesaba como me pesa a mí el pasado. Lo esquivé y miré hacia donde él miraba. Estoy acostumbrado al golpe de vista. Fui boxeador, sé pegar con los ojos bien abiertos para evitar el contragolpe del contrincante. Ya tengo bastante con lo mío como para cargarme con los golpes que vienen de afuera. Era la mujer de Luis, el que pasaba películas en el Londres, la que había dejado al chiquilín abandonado en la puerta del club. Hasta imaginé a la madre cuando le decía: te quedás acá hasta que salga tu padre. Yo ya vuelvo, no me sigas. Como soy portero de cine y acomodador me acostumbré a ver en la oscuridad.

Luis estaba adentro organizando las funciones de cine de los fines de semana en el Londres. Películas viejas: *El caballero audaz*, *A la hora*

*señalada, Fin de fiesta.* Le gustaban esas películas con historias lentas que sucedían también lentamente, en viejas casonas de la provincia de Buenos Aires, con luces mortecinas, puertas entreabiertas, encrucijadas amorosas, esas cosas lentas de Leopoldo Torre Nilsson. Después que las pasaba se las explicaba a la gente con éxito relativo. De gente y de atención. Luis estaba solo también en esto. Me quedé un ratito esperando que Luis saliera, mirando hacia la madre del chiquilín que se iba con paso apurado, doblaba en Guaviyú con la ansiosa seguridad que da la mitad del camino sin recorrer. En ese momento caí en la cuenta que éramos dos mirando un cuerpo que se movía. Eso es el cine. Justamente. Pero como yo hablo conmigo todo el día y cuento lo que veo, lo sé.

Y ahí salió Luis. Llamó a su hijo entre sorprendido y feliz de verlo. El chiquilín dejó de mirar hacia la esquina y sonrió. ¿Qué hacés?, le preguntó, ¿estás bien, y tu madre? Yo sentí como un destello en la cara, algo que venía de afuera y de adentro, supe que Luis me iba a preguntar algo a mí también, entonces hice como que miraba el reloj y empecé a moverme con más necesidad que apuro. Vi a la pasada la ansiedad en la cara de Luis, su absoluta indecisión tomada por asalto. Como fui boxeador sé que lo primero de todo es saber eludir, defenderse, que no te golpeen. Y rajé con un juego de piernas digno de Ray Sugar Robinson. Luis armó la boca para preguntarme algo que se perdió a mis espaldas.

Pero normalmente, todo está tranquilo por la mañana en el Londres. Salvo los sábados. Ahí la ansiedad del barrio por festejar el sábado amanece temprano, incluso en invierno. Hay como un olor a asado pero con sonidos, música que viene de las radios, mujeres que hacen mandados, hombres que vuelven del trabajo pasado el mediodía,

cuando yo arranco para el Kent, gente que sale a conocerse aunque ya se conozca de sobra. Yo quiero quedar afuera de esa maroma, pero es difícil. Me encuentro con el presidente del Londres que me mira y me hace una guiñada como si yo supiera de su vida. O de la vida del club, yo sólo consumo lo mío y toco para el Kent. Pero me pesa ese sudor de cordialidad de la gente que tiene compañía y que considera que hay que tirarle algo a los que estamos solos. Yo no estuve siempre solo. Igual, yo hablo conmigo todo el día y cuento lo que veo.

A veces me dan ganas de decirle al pelotudo simpático del presidente del Londres que sé lo que le hizo a Luis, y que sé el significado de la palabra conmiseración, y de la expresión complejo de culpa. Que sé que por la plata baila el mono y que él es un falluto, pero también sé que a los que no son amigos hay que tratarlos como amigos, justamente porque también sé lo que quiere decir la palabra falluto. Y que nunca se sabe, también lo sé. Pero eludo, porque cuando me rajaron la pera de un golpe que debí eludir, me prometí dos cosas: dejar el boxeo y parecer otro. Otro que no fuera yo, otro distinto que se dedicara a acomodar gente como si supiera hacerlo, a hablar conmigo mismo todo el día y a contarlo como lo hago ahora. Como si alguien pudiera decirle a otro: vos vas acá y vos allá, y vos esperá afuera que no te toca ni te tocará nunca. En todo caso, sé que yo no soy el que puede hacer eso, que hay otros que lo hacen, seguro que sí, pero hago como si pudiera. Por eso le sonrío al presidente que jodió a Luis por plata. Y sé que puedo contar todo esto que cuento.

Pero yo no soy Félix, el que arregla radios y las lleva y las trae por todo el barrio como si ese esfuerzo valiera la pena, como si ese sonido de carraspeo previo a la sintonía, mientras calientan las lámparas, anticipara algo bueno: el Juicio Final, la sociedad sin clases, el regreso

a la Arcadia perdida. El golpe perfecto que noquea al rival, el decisivo golpe de suerte. Ese estado de espera mágica, no dejo de reconocerlo porque es mágico como el ruidoso aroma del pan recién horneado, no es augurio de nada bueno. Es algo azulado también, como la luz que se cuelga por las cortinas de mi casa cuando está nublado, o que se colaba cuando yo tenía casa y madre y desayuno. Un cielo azulado distinto al azul de esas mañanas de sábado bulliciosas, repletas de caras redondas, lechosas de bien comidas, milimétricamente iguales a ellas mismas. Ser otro, ser otros, no deja de ser la única forma que conoceremos de la esperanza.

El día que conocí al hijo de Luis, a Roque, al que casi pecho, yo venía de soñar con mi madre. Y justo el chiquilín que aparece ahí en la puerta del Londres, colgado de cosas que no sé. Yo no sé muchas cosas, pero sé de películas. Las he visto miles de veces, una y otra vez, empalagado de películas estoy. Como siempre pasa, los que tiene que pagar para ir al cine piensan que poder ver gratis todas las películas que uno quiera, se parece a la felicidad. Y lejos de eso, uno ve lo que pone el cine, lo que el dueño trae y pone porque le deja ganancias. Nadie me consultó nunca para preguntarme qué películas quería ver yo. Yo soy como Roque, miro algo que se mueve y que se va y que a la semana siguiente, a no ser una de esas películas que todo el mundo quiere ver, *Tiburón*, *La tregua*, *El padrino*, no vuelvo a ver más. Y si me gustó habrá que esperar una reposición, una vuelta atrás del dueño, y si coincide con las vacaciones de invierno, poco o nada puedo ver de lo que deseo. Ése es mi problema, el deseo. Como quiero ser otro, tengo deseos que no puedo alcanzar. Y así me quedo mirando pasar el tren. Bolsas, hojas de un diario viejo, ecos de pasos en una estación



vacía. Hasta los segundos abandonaron el rincón cuando me tajearon la pera.

Yo quería volver a ver una de vaqueros vieja. Una en blanco y negro, con arena en el aire caliente y feroz del mediodía, con pistoleros y un comisario que fuera un hombre justo y valiente. Una eterna película en donde los buenos ganaran siempre, no se viera la sangre que corría, la gente fuera amistosa y solidaria, y hubiera un lugar fresco debajo de un árbol para sentarse a ver caer el sol. Un sueño realizado. Y después que viniera lo que viniera. La mañana que me topé con Roque, Luis estaba rebobinando *A la hora señalada* y yo había soñado con mi madre muerta.

Mi madre se murió el día que me rajaron la pera para siempre, el día que perdí la posibilidad de ser otro o mejor todavía, de no ser siempre el mismo que soy. Cuando volví del golpe que me llevó el campeonato en un sueño prematuro, profundo, me revisó el médico, me mandó hacer un electroencefalograma y me prohibió boxear por tres meses. Me bañé, cobré la escasa bolsa, casi un seguro por enfermedad, y salí al aire húmedo de la madrugada de un domingo de mayo. Como el amanecer es lento en mayo y yo todavía tenía las piernas pesadas, caminé de vuelta al barrio con una lentitud agridulce, llena de recuerdos, movimientos no hechos, consejos no seguidos, golpes, abrazos, caídas. En el final de la calle Consulado, donde vivía con mi madre, hay una placita con un único farol y una palmera, descentrados los dos, opaco el farol, esmirriada la palmera, como yo. Me senté en el cordón que los amurallaba y cuando el sol empezaba a salir, enfilé para casa. Tenía el estómago revuelto pero quería desayunar con mi madre, oler el café, el pan, los recovecos de la cocina. Encontré gente en la puerta del largo corredor que llevaba a mi casa y vi a mis vecinos que

me miraban con esa solemnidad ridícula del que piensa que el otro ya sabe aunque no sepa o aunque lo presuma, y que además, tiene tiempo para ver tantas caras repletas de conmiseración. Eso de tener la cara justa pesa como un yunque. La encontraron muerta, y yo pensé, siempre he pensado, que en el momento que me rajaron la pera y me dejaron como a Kirk Douglas, mi madre renunció a querer a ese otro hijo que le habían hecho los demás y se murió conmigo, con el boxeador que pude haber sido y no fui.

Cuando me topé con Roque y luego con Luis y sus películas de cine arte, supe que lo que había soñado -mi madre viva guardando con orgullo un recorte del diario, sintonizando una transmisión de radio sucia y lejana, mirándome sin conocerme cuando la llamé en ese paraje oxidado del sueño- tenía que ver con otro que yo no era, pero podía haber sido. Uno que cuenta todo el tiempo cosas que ha masticado hasta el hartazgo.

Otro que decide, como el comisario de aquella película en blanco y negro, decide volver y hacerse cargo de una obligación pequeña y triste, una herencia que lo llevará, en el mejor de los casos, a la soledad del recuerdo de cierto niño mirando con insoportable levedad, la fuga de un cuerpo que lo contuvo.

## Radiotelegrama

a Mercedes Estramil

Supo que algo la llamaba. No algo, alguien. Se vistió como pudo y la última gota de la ducha sonó a sus espaldas como un chistido en la calle: un saludo desconocido pero no demasiado, por lo tanto imperioso. No vaya, no vaya, oyó con claridad, seguido de un yo la ayudo. No vaya, no vaya, escuchó otra vez y la puerta del Londres se le apareció en la noche laqueada de un domingo lluvioso de junio en la vereda de enfrente de su casa, como siempre. Noche de resplandores húmedos, soledad, la intransigencia del destino conocido. Nada, nadie.

Volvió a su casa con la alteración que se agolpa ante cualquier forma torpe de disimulo inútil. Las manos sin acomodo, la cara ruborizada, la edad que le pesa como un radioteatro antiguo: el poncho vengador, las espuelas de plata, el justiciero desconocido. Ya estaba vieja para tanta valentía pasada de moda, aunque las compañías no suelen ser una elección sino una indescifrable, rutinaria forma de suponer que se elige: la voz de la ley, la capa escarlata, el paladín sombrío.

Antes lo conoció. Cuando Ricardo se paraba en la entrada del Londres como una voz, porque Ricardo era la voz de la radio Estuario, la voz de los Trasnoches Bailables de la emisora Imparcial, la voz de Adelantando el Carnaval de la 24, la voz que pasó de relatar las secuencias de acciones demoradas y tensas que urdía el radioteatro Palmolive de la Tarde, a consolidarse como la definitiva, sedosa,

acaramelada voz de Ignacio de Belladonna, el marqués de Orellana, errático vagabundo que prefería el cielo abierto a la cárcel de oro de su palacio italiano.

Ricardo era físicamente como debía ser. Es decir, no importaba, como no importa el aspecto de cualquier ilusión exitosa. Y Carmen se unió como un cruzado a esa voz inherente a sí misma, unívoca, tan predecible como un bostezo seguido de otro bostezo. Y Carmen siguió oyendo esa voz cada vez que frente a la puerta de su casa el Londres hervía de chiquilines los sábados de tardecita. Pero antes, la encontró colgada del aire de otras voces, mezclada y sucia, como se encuentra una moneda vieja debajo de un mueble que se limpia una vez cada tanto. Y Carmen la encontró.

Imposible no verlo. Fumaba colocado en su traje negro, desconsolado, sin asunto posible en el que ocuparse, solo, pero sumido en la marea de gente también impasible y también sola. Él la miró cuando Carmen abrió la ventana de su casa oteando hacia la calle Fermín Ferreira como el capitán de un submarino después del ataque sostenido, perdurable, mortuorio de las cargas de profundidad lanzadas desde un destructor porfiado, riguroso, asesino. Otra mala noche seguida de un día no demasiado prometedor.

Las miradas se cruzaron evanescentes, nerviosas, breves. El ciclo de la certeza, de la probable certeza, del encadenamiento forzoso, se realiza en el futuro, por ahora sólo había casualidad, la casualidad curiosa del encuentro.

Carmen encendió la radio anclada en el dial del radioteatro de media mañana: una inefable adaptación de Drácula que transcurría en la Ciudad Vieja, más exactamente en la calle Juan Lindolfo Cuestas entre

los recovecos del colapsado edificio que había sido la sede de la Facultad de Humanidades. El vampiro se movía por las noches junto a las comparsas de lubolos y allí, entre milongones y candombes, devoraba a las bailarinas morenas seduciéndolas con lobuna habilidad, según se sostenía por el relator de la trama. Un asco, pensó Carmen, pero a veces casi cualquier cosa es preferible a lo que se tiene. Por eso mismo, Carmen tendría que esperar hasta la tarde para saber qué ocurría con la inmigrante francesa que caía en las garras de un tratante de blancas en una Londres finisecular y neblinosa.

Cuando salió a mojar las plantas del minúsculo jardín del frente de su casa, miró hacia la puerta de entrada del Londres, pero sólo vio al cantinero charlando con un ventrílocuo de cuarta que hacía su espectáculo los sábados sin demasiado suceso. Del traje negro ni noticias, aunque desde dentro del club una voz le daba las gracias a alguien y saludaba a otros y se demoraba mucho más que el agua que Carmen tenía en la regadera. Entró a su casa ciega, ansiosa, temblando con la levedad de una ocasión envilecida pero al menos, cercana. La voz podría corresponderse con aquella mirada vertiginosa como un perro llama a otro perro.

¿Cómo es posible prepararse la comida a uno mismo todos los días, cómo se hace?, se preguntó con la resignación de un bombero voluntario ante el incendio rutinario del mismo bosque cada verano. Abrió la heladera, sobras de sobras, almas abandonadas en el purgatorio del deshonor culinario. Rescató del infierno helado, a cierta pareja de adúlteros florentinos: una milanesa y unos restos de arroz con huevo duro rallado. Se sentó a almorzar tras un breve pasaje por un nuevo acto de recalentamiento somero. Sentarse a la mesa, poner la servilleta sobre su pierna derecha, colocar los cubiertos a cada lado del

plato, servirse agua, escuchar el informativo del mediodía, darse un lugar en el mundo, formaban las partes restantes de un proceloso naufragio personal. El capitán del submarino no siempre podía asomarse a la superficie, pero cuando lo hacía, comía con cierta aristocrática solemnidad.

La rodeaba un mundo de estertores.

Ricardo salió del Londres cuando Carmen se disponía a comer. Él también miró con esa extraña vocación que tienen los perros abandonados de reconocerse solos ante sus semejantes, ante sus superiores en la escala zoológica, ante casi cualquier cosa que los toque. Mientras caminaba por Fermín Ferreira hacia la avenida San Martín tanteó el contenido del atado de cigarrillos y calculó como un náufrago, el contenido de la desgracia asignada, resultante, y pensó que mejor se aguantaba un poco. Llegado a la radio pecharía un cigarrillo porque la dilación, a veces, es todo lo que se tiene. Cuando el 155 lo dejó en el Centro recordó que le tocaba el papel del corajudo inspector policial que rescataba a la francesita sumergida en la mala vida. En el reflejo de una vidriera se vio como era: un dinosaurio vencido. Un dinosaurio de traje negro y vencido.

Sintió que lo rodeaba un mundo de estertores. Infinito, ciego, fragmentado en un micrófono abierto al aire. No vaya, no vaya, yo la ayudo, decía Ricardo ya convertido en un glorioso inspector inglés de correcta pronunciación española, ojos verdes, gabardina azul marino, andar elegante, de erguida talla moral y física, en la tarde montevideana y en cierta casa frente a un club vacío, grisáceo, inmutable. A oscuras, Carmen se deleitaba con esa voz de gloria, recogidos los platos del almuerzo en soledad, tomando un té con limón endulzado con miel, en la agonía de junio. Esa voz la había tomado por asalto esa tarde,

mudada de su sito, adquiriendo un tono protagónico que Carmen no reconocía del todo, pero alentaba desde el fondo de su corazón.

Ahora, el mundo era otro. La luz filtrada por la escotilla del submarino. El Támesis neblinoso horadado por el fulgor de una pintura de Turner.

Cuando Ricardo se iba de la radio a la noche, el propietario lo esperaba con una noticia que olía a destino recalcitrante: vendo la radio, me voy a España, tenés un mes de sueldo para cobrar y el seguro de paro te cubre tres meses más, quizá cuatro. Las sectas mandarán, agregó. Ricardo le pidió un cigarrillo, lo miró como se mira a un verdugo, y erguido como el inspector inglés del radioteatro de la tarde, sacudió el polvo de sus hombros recogido en los peligrosos tugurios en donde luchaba y vencía a los tratantes de blancas que habían secuestrado a cierta muchacha francesa, bella e ingenua, y se tomaba el 155, oscuro, común, heroico.

No vaya, no vaya, recitó Ricardo apostado otra vez en la puerta de entrada del Londres cuando la noche laqueada de junio apenas había comenzado. Y agregó: yo la ayudo, yo la quiero ayudar. Un parlamento conocido, su mejor parlamento, su papel histórico. La vista enfilada hacia cierta ventana apenas iluminada. La espera de los sonidos deseados. La voz emitida, el recorrido de esa voz, el ansia de ser escuchado.

## INDICE

Quien habla solo, espera

Down on the corner

Ante la leche derramada

Gracielita

No sabés lo que es la vida

Sísifo

Blitzkrieg

La pavorosa revelación

La dictadura del proletariado

Lo que significa

El artista es el creador de cosas bellas

Jealous Guy

Saturno

El Londres

Hoplitas

Vicarios

Radiotelegrama



